

Ciencias Jurídicas y Sociales



Manuel Carmona Rodríguez
Coordinador

Congreso Internacional Cervantes, clave española

ISBN: 978-84-09-26467-4

Congreso Internacional
Cervantes, clave española
Manuel Carmona Rodríguez (Coord.)

© 2021 Manuel Carmona, Harold Raley, Santiago A. López Navia, Helio Carpin-
tero, Fernando Marías, Xavier Agenjo, Patricia Juez y Manuel Cora.

ISBN: 978-84-09-26467-4

Preimpresión por: Servicio de Publicaciones de la URJC

Este libro de Actas ve la luz en pleno proceso de vacunación frente al Covid.

Nuestra gratitud a las personas e instituciones que lo han hecho posible. A mis queridos estudiantes, Óscar Moreno Urquiza y Zenobia Pérez González que con su trabajo y compromiso hicieron posible llevar a cabo esta aventura.

La realidad de España e internacional nos obliga a reiterar este mensaje que ya anunciamos en el I Congreso Internacional Artistas y Técnicos en el Aula. Nos vemos en la obligación de repetirlo porque su vigencia es su ausencia:

Que los docentes, científicos y estudiantes de cualquier campo sean apoyados como merecen. Las sociedades y los países avanzan cuando las ciencias son financiadas con altura y profundidad de miras.

ÍNDICE

PRÓLOGO: CERVANTES Y LA UNIVERSIDAD	6
I. UNA MIRADA A LA PRESENCIA DE ESPAÑA Y LO ESPAÑOL EN LA OBRA DE CERVANTES Y SU RECEPCIÓN	18
II. CERVANTES, ESPAÑA, OCCIDENTE	40
III. LA VISIÓN CERVANTINA DE JULIÁN MARÍAS	45
IV. CERVANTES Y EL ARTE	60
V. CERVANTES Y LA BIBLIOTECA DIGITAL DE LA FUNDACIÓN LARRAMENDI	61
VI. CERVANTES Y EL CINE	62

PRÓLOGO

Manuel Carmona Rodríguez

Profesor en la URJC y Director del Congreso

Cervantes y la universidad

Arrancamos el curso universitario 2020-21 con las mismas certidumbres y certezas que cualquier otra persona. Sin embargo, algunas de esas dudas de funcionamiento básico que ya en pleno inicio de la vida académica tendrían que estar resueltas con claridad, no lo estuvieron porque hay gente que no hizo bien su trabajo. ¿Hasta cuándo se permitirá esa gestión ineficaz?

No tiene sentido que haya profesores y estudiantes que no supieran en qué aulas iban a desarrollar sus cursos y prácticas los días en que la formación sería presencial. Eso permitiría por ejemplo también resolver una cuestión vinculada como es si hay o no que dividir a un grupo de discentes en dos, o si porque se trata de un número reducido no es necesario fraccionarlos y se pudiera desarrollar todo el curso de manera presencial.

Como consecuencia de todo ello, para evitar cuestiones innecesarias que pueden plantear los más jóvenes, el profesorado más precavido aguardó hasta el último momento para informarles a aquéllos de protocolos de funcionamiento del curso que ya pudieran estar disponibles por los canales de comunicación que hay habilitados entre docentes y alumnos: aula virtual, correo electrónico, delegados, sección de Novedades.

Todo lo dicho hasta aquí, como me recordó el compañero Rúas mientras tomábamos un café en la terraza de una bonita cafetería hace unos días, es el equivalente a la situación que viviría un equipo de médicos si no supiera a días de inicio de su actividad asistencial en su centro de atención primaria, cuál era su consulta. O si los enfermeros no tuvieran habilitados unos espacios donde atender las labores de cura y demás pruebas que realizan a diario a los pacientes.

¿Se imaginan ustedes a un camarero sin barra de bar para poner la bandeja y recoger los cafés, las infusiones y otros bebedizos que les sirve otro compañero y así atender a las demandas de los clientes del salón o de la terraza?

No queda ahí la cosa, según nos comunicó Rúas, los molinos de viento también se le presentaron a un tataranieto del bachiller cervantino cuando fue a imprimir una documentación y los A-3 con los que debe contar la impresora no estaban disponibles. Para sorpresa del mozuelo universitario, tras comunicárselo con respeto a una conserje, ésta con acritud le dice que no es su tarea. Que eso le corresponde a otra persona. ¡Viva su capacidad para trabajar en equipo! ¡Viva el talento de la dama para hacer sinergias!

Se preguntó el muchacho ¿de dónde habrá salido esta mujer que a diferencia del resto de competentes conserjes mira para otro lado a la hora de hacer sus tareas cotidianas? ¿Quién le habrá concedido su puesto de trabajo, su particular garita en la Ínsula de Barataria?

Al menos el bueno de Sancho soñaba con hacerse acreedor del puesto de gobernador de Barataria a fuerza de poner a disposición de sus vecinos su inteligencia de hombre de pueblo para resolver las cuestiones cotidianas que aquéllos le plantearan, y no aún contento con su entrega y disponibilidad, hacía gala de su comicidad alegrando las jornadas de los ociosos duques. Mucha ociosidad hay hoy en día en gente que solo piensa en llevarse un sueldo a casa sin justificar su puesto. Bueno sería llevarlos a la intimidad de los hogares de muchos hombres y mujeres que día tras día entre sus ocupaciones está la búsqueda de un empleo. O habría que meterlos unas horas en las salas congestionadas de hospitales y centros de atención primaria donde médicos, enfermeros y auxiliares no dan abasto desde el pasado mes de marzo de 2020 para atender a los pacientes con Covid y otras patologías, y a los familiares de éstos. O que acompañaran a cualquier persona autónoma que a diario tiene que hacer encajes de bolillo para sacar adelante su vida laboral y personal y en caso de tener empleados a su cargo, junto a éstos, hacer viable la empresa.

En este **Congreso Internacional Cervantes, clave española**, pudimos escuchar y disfrutar junto a expertos de la Literatura, la Psicología, el Cine, el Arte, la Filosofía, la Biblioteconomía y Documentación o la Historia. A través de ellos pudimos durante las jornadas del Congreso y ahora a través de esta obra seguir descubriendo por qué necesitamos seguir tomando como ejemplo al genial escritor español para tomar decisiones que afectan a esta aventura que es nuestra vida personal y colectiva.

Ahora cuando hace casi un año que lo celebramos y estamos terminando el curso 2020-21, muchos PDI y PAS de las universidades públicas españolas desconocemos cómo desarrollaremos el curso académico 2021-22. De no desarrollarse de forma 100% presencial con toda la comunidad universitaria vacunada para inicios del mismo, se constataría una grave irresponsabilidad y dejación de funciones una vez más por parte de los políticos en el gobierno central y en las regiones porque ellos tienen la corresponsabilidad sanitaria y financiera de hacerlo posible. Sus señorías tienen las competencias en materia educativa para hacerlo posible. Una paradoja y mentira que reflejan la tramoya vacía en que se ha convertido la vida política española en nuestro tiempo donde PDI y PAS son reconocidos desde la publicación del Decreto de Estado de alarma como “personal esencial” y, sin embargo, no son tratados así ni en el proceso de vacunación ni para contratar a más personal para el año académico. Todo ello provocando, por un lado, una clara desigualdad con el resto de personas consideradas como profesionales esenciales desde el punto de vista de la vacunación. Y, por otro, causando un empobrecimiento fragante de la vida académica y universitaria durante todo el curso 2020-21 respecto a las etapas educativas que la anteceden desde Infantil hasta Bachillerato y F.P. pasando por la Primaria y la ESO.

También el silencio mayoritario del cuerpo universitario durante el curso 2020-21 que estamos cerrando es muy sintomático al respecto. Para que el sistema universitario se reforme para bien, esa actitud y ese comportamiento han de cambiar y solicitar hasta lograrlo que eso no vuelva a ocurrir. También la sociedad, empezando por jóvenes y familias, tiene que reaccionar y no permitirlo. Si no se invierte cómo hay que hacerlo en el sistema público universitario, ¿cuándo se va a hacer?, ¿cuántas oportunidades se van a seguir dejando escapar? La Unión Europea asimismo debería de intervenir de oficio y tampoco permitirlo. Esta es la realidad cervantina.

Esas circunstancias descritas están ahí, es posible superarlas. Para ello son imprescindibles: actuar con coherencia. Llevar a cabo una inversión económica sabia, exigiendo a toda la comunidad universitaria que cumpla con sus obligaciones y quien no lo haga, o se verá obligado a rectificar o habrá de ser invitado a abandonarla. Desarrollando sinergias entre los departamentos, las facultades, las universidades y las empresas privadas; mirando más allá de cada reino de taifa universitario y practicando una mirada que prime y potencie un auténtico sistema universitario de país con proyección internacional. Acabando en su seno con los procedimientos y las prácticas que promueven la endogamia, o la contratación por intereses de determinados grupos de presión política o de otra índole.

Es más, ni España ni Europa ni el resto del mundo progresarán si las universidades no se rigen por los criterios irrenunciables e innegociables de excelencia y honradez. Estos han de dejar de ser meros eslóganes de campañas publicitarias y de discursos académicos para ser realidades en la cotidianidad de su gestión, de sus protocolos y de sus relaciones internas y externas. Todas las generaciones, instituciones y personas en España y en otros países estamos ante esa tesitura y hemos de cooperar para superarlas. Dicho esto, ha llegado el momento de presentar a cada uno de los protagonistas que nos acompañaron durante la primera semana de octubre de 2020.

Santiago López Navia

Santiago López Navia es un caballero renacentista capaz de disfrutar de la música *heavy* y de Bach. En los años noventa, siendo profesor y Director del Departamento de Extensión Universitaria en el Centro Europeo de Estudios Superiores, igual lo podías ver dando pequeños saltos por un pasillo de la universidad escuchando en sus cascos a Metálica, que saborear en la calidez de su despacho una pieza de Bach mientras terminaba de preparar una clase de Oratoria.

Siempre con los jóvenes, los alentaba y sigue haciéndolo para adentrarlos en la magia del teatro universitario. Se mezclaba con ellos como uno más para preparar el montaje de una obra o para capitanear un delicioso encuentro entre Música y Poesía en el que combinaban versos de poetas clásicos con los salidos de la propia cosecha.

Durante el mes de julio de la década de los noventa, López Navia remataba un arduo y fructífero año de trabajo, liderando toda la logística que conllevan unos Cursos de Verano de una universidad en la entonces mediática ciudad veraniega de Marbella. Eran los años del gobierno consistorial del cacique y populista Jesús Gil en tiempos en que reinaba en España otro Señor también reconocido en aquellas calendas por su campechanía y hoy por ser el mayor comisionista de España en aquel tiempo. Gil y Borbón gustaban rodearse de mujeres jóvenes y llamativas, y sin pudor se dedicaban a los negocios que tejían con determinados árabes como Kashogui —uno de los mayores traficantes de armas de ese periodo— y los reyes y príncipes de los países del Golfo Pérsico.

Si ustedes quieren conocer la historia del mundo universitario español desde finales de los años ochenta hasta hoy, les recomiendo una sabrosa tertulia con López Navia. De esas crónicas pudiera salir una novela ejemplar cervantina. En ellas podréis encontrar los intrínquilis que rodean las luchas de poder de lo público y lo privado entorno a los pingües beneficios de la Educación. Pero como López Navia cree en la virtud grecolatina de raíces socráticas, en esas batallas lo veréis cual Aramis español ataviado con su capa española con la Cruz de Santiago en el pecho, tomando partido por la sabiduría y por la transmisión del conocimiento y de las experiencias de vida a los más jóvenes.

López Navia, cual caballero de la orden cervantina, es de esos profesores vocacionales capaces de hacer posible la gigantesca aventura de vertebrar la vida de los bachilleres y de los universitarios, de volver a unir a los Institutos y a las Universidades en pro de una causa común.

Fernando Marías

Fernando Marías es el mayor experto en España de la vida y obra de El Greco y uno de los referentes a nivel internacional. El Greco fue coetáneo de Cervantes. Ambos artistas, el pintor y el poeta, forman parte de la misma generación, ya que El Greco nació en 1541 y Cervantes en 1547.

Es normal que Fernando Marías despertara su vocación hacia las Bellas Artes y su Historia y en concreto por la figura de El Greco porque su madre, la filóloga hispánica, Lolita Franco, era una enamorada de las piedras, de la pintura, y de cualquier manifestación de las Bellas Artes, y sobre todo era una entusiasta de la ciudad de Toledo, enclave sin el cual no se puede entender buena parte de la trayectoria humana y profesional del genial pintor.

Lolita Marías que junto a su marido Julián Marías tomaron rumbo a la ciudad imperial como primer destino de su viaje de bodas por dos motivos: uno, era un sitio al que podían ir teniendo en cuenta los exiguos recursos del joven matrimonio. Dos, la pasión y el interés de la pareja por conocer España, a los españoles y sus tesoros.

Hablar de Fernando Marías es retrotraerse también a su niñez, cuando el segundo de los cuatro hermanos Marías Franco dedicaba la atención a sus hermanos

más pequeños y compartía con ellos juegos propios de niños como las chapas o los paseos por la Dehesa de Soria, donde pasaron la mayor parte de los veranos por los encantos y las facilidades que ofrece el parque soriano para los más pequeños y sus mayores. Unos Marías Franco, que por decisión paterna y materna fueron unos chicos muy españoles en la gris España franquista, a pesar de las grandes ofertas de trabajo permanentes que recibían sus progenitores de las más importantes universidades de los Estados Unidos.

Eso también les hizo ser diferentes a los cuatro hermanos, porque igual los podías ver vestidos con ropa deportiva inusual para los chiquillos españoles de su generación, rematados por gorras de los *Yankees* de Nueva York. Que contemplarlos vestidos de monaguillos junto a otros niños en el bautizo de amigos sorianos.

Fernando Marías es catedrático emérito de la Facultad de Historia de la Autónoma de Madrid y su pasión por la investigación y la docencia universitaria la ha exprimido hasta las últimas consecuencias que permite el actual sistema público español. Cada semana además sigue cultivando esa vocación por la Historia y las Bellas Artes en las sesiones formales e informales de la Real Academia de la Historia de la que es miembro, y donde gusta encontrarse, entre otros, con su compañero y amigo Juan Pablo Fusi.

Helio Carpintero

El nacimiento y la niñez de Helio Carpintero podrían inspirar a un guionista cinematográfico para arrancar una película sobre la Guerra Civil Española de 1936 a 1939 y la posguerra. Su padre, Heliodoro, tuvo que afanarse por sacar a su bebé de la Barcelona donde vivían tras haber visto perder a su mujer fruto del hambre en la Ciudad Condal. Tras arduas gestiones, llegaron el padre viudo y el niño de pecho a Soria donde le esperaban las hermanas de Heliodoro, Carmen y Mercedes, que desde aquel momento se convirtieron no solo en tías sino también en madres. Éstas además de atenciones y cariños le daban purés con cultura, y tal vez fue su tía Carmen quien le inspiró su interés y vocación por la Psicología y la Educación.

Creció en una Soria que el franquismo convirtió en una provincia de funcionarios republicanos castigados por el régimen. Sin embargo, aquellos hombres y mujeres represaliados dieron vuelta a aquella situación como si de una tortilla se tratara, y crearon en la ciudad castellana un oasis de paz, libertad y creatividad.

Retomaron el espíritu y talante de los Bécquer, Machado, Gerardo Diego y la gallardía de los castellanos frente a Almanzor, y Heliodoro padre se dedicó a formar a las nuevas generaciones incluido su hijo Helio en la sabiduría que les legaron aquellos, los Pepe Tudela, Ortega y Marías, los sabios Clemente Sáenz o Gaya Nuño, y los caballeros y damas trashumantes del Real y Honrado Concejo de la Mesta.

Los fines de semana de la mano de la familia Ruiz, Helio y su padre, se divertían en el Duero, en descubrir relojes de sol, iglesias fuertes, fuentes y lavaderos, algún artesanado mudéjar que aún no había sido robado, e imaginando cómo fue la Reconquista por aquellas tierras donde cerca de Calatañazor perdió la vida Almanzor.

Como buen discípulo de Ortega y Julián Marías después de cursar sus estudios de Filosofía y Letras en la Complutense, decidió con libertad recorrer su propio camino: tomó el trayecto de la Psicología. Esto le causó alguna discusión con su amigo y maestro Marías, que aceptó con deportividad propia de los caballeros la nueva trayectoria de Helio.

Durante sus primeros años profesionales enseñó Filosofía a bachilleres en el célebre Colegio Estudio fundado por Ángeles Gass,et, Jimena Menéndez Pidal y Carmen García del Diestro. De allí dio el salto al mundo universitario, donde ha sido profesor en numerosísimas universidades españolas, europeas y americanas, habiendo alcanzado la cátedra en la Autónoma de Barcelona, Valencia y la Complutense.

Además, es académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, y miembro y presidente de la Academia de Psicología de España. De la mano de su amada María Victoria, también psicóloga y catedrática, se dedican en parte de su tiempo a recorrer el mundo desde Madrid haciendo paradas en la Galicia natal de ella y en Soria para reencontrarse con la Dehesa, El Collado y El Espolón. Si alguna vez visitáis Soria y a la luz de la noche os sorprende en el primer balcón del Restaurante Red Lion la silueta de una figura investigando, es su padre, Heliodoro, en conversación íntima con D. Antonio Machado.

Harold C. Raley

Este hispanista junto a su mujer Vicky experimentó en los años cincuenta una experiencia vital que les cambió la vida: asistir a una conferencia de Julián Marías en una universidad norteamericana. Tuvieron que hacer un largo viaje de unos quinientos kilómetros ida y vuelta desde la ciudad en la que vivían. En un principio pensaban hacerlo junto a otros compañeros, sin embargo, aquel día concreto se quedó la pareja sin aquella compañía. Tuvieron la inmensa alegría de que vieron pensar y sentir a Marías en voz alta, en una lengua que no era la española, pero que D. Julián acabo manejando con precisión y absoluta soltura.

Intuyeron Harold y Vicky durante aquella jornada, se percataron y se dieron cuenta de algo que dos décadas después llevaría a afirmar a Harold que *Ortega era el auténtico filósofo de la unidad europea*. La lástima, el error y el vicio es que los burócratas, la partitocracia reinante, los mercaderes y cierta tendencia de la masa a la falsa propaganda, están impidiendo que esa filosofía tan humana, intergeneracional y cívica, brote de una vez en suelo occidental y enamore al resto del mundo.

Harold Raley está siendo un maestro de vida con su brillante, modesto y puro hacer en su retiro personal en los Estados Unidos para los miembros de la generación de 1974 que tenemos la esperanza y la ilusión de tratar de hacer nuestras vidas a partir de la **brújula** de la **razón vital e histórica**.

A pesar de estar jubilado de la docencia e investigación oficial, lo hizo como Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Baptista de Houston, tras haber sido también Catedrático del Departamento de Lenguas Clásicas y Modernas en la Universidad de Houston; Harold sigue como Fernando Moreno o Vázquez Medel contribuyendo a la salvación del legado intergeneracional.

Harold Raley habla fortaleciendo la verdad cuando hace una doble afirmación a partir de la constatación de la realidad. Una, que Julián Marías es el filósofo más leído en los Estados Unidos desde los años cincuenta hasta el presente.

Dos, que *“en un siglo o dos los españoles se van a quedar asombrados, pasmados, al darse cuenta de que han producido a los máximos pensadores de nuestra época. Una vez más le ha tocado a España descubrir un nuevo mundo. Me honro, por lo tanto, asociar modestamente mi nombre con ellos. Mi deseo ulterior es que esta filosofía se arraigue en suelo americano. Porque esa filosofía también es nuestra por ser de pura cepa occidental”*.

Manuel Cora

Hablar de Manuel Cora es hacerlo de una persona sabia en dos de las acepciones de la palabra. La primera, aquella que describe a un hombre bueno y noble. La segunda, a un cineasta que ha acumulado sabiduría en sus ya más de cuatro décadas dedicado al Séptimo Arte.

Cuando uno mira en su biografía surge un pensamiento que late y que te lleva a pensar que Manuel Cora ya llevaba asimilando cine desde que estaba en las entrañas de su madre y ésta disfrutaba de los clásicos cinematográficos que post producía su marido en *Sincronía*, fundada por el padre de Manolo poco antes de él nacer.

Si Giuseppe Tornatore inmortalizó al niño Salvatore o Totò en *Cinema paradiso*, él podría haber inspirado al cineasta italiano para tal personaje. En el remate antológico de esa película, los espectadores hemos podido ver muchos de los mejores fotogramas de escenas de besos de la Historia del celuloide. Manuel Cora viene post produciendo bastantes de los mejores kilómetros de cinta que se han rodado tanto en España como en el mundo. En su fecunda carrera lleva ganados 3 Goyas:

Uno junto al genial Maestro Berlanga por *Todos a la cárcel*.

Otro de la mano de Escrivá y su célebre *Montoyas y tarantos*.

Y el tercero con ese director de cine con alma humanista que es Gonzalo Suárez en *Remando al viento*.

Pero no sólo con los más grandes creadores de lo audiovisual trata Manolo en su día a día, sino que también tiene las puertas de su empresa CODICINE abiertas al talento de las nuevas generaciones. Es un ejemplo de lo que Ortega y Gass.et definió como **solidaridad intergeneracional**.

Su mujer, Mari Carmen Díez, es una de las grandes ejecutivas del cine en España y a nivel internacional, habiendo realizado una brillante carrera en SONY. El matrimonio Cora Díez conoce a fondo todo lo que se cuece en una producción cinematográfica o televisiva desde la preproducción hasta el día del estreno con el glamour de la alfombra roja. Por eso hasta que las cosas no cambien en la Academia del Cine y la Televisión, Manolo no volverá a su casa: la Academia.

Xavier Agenjo

Xavier Agenjo es un referente nacional e internacional en catalogar libros y todo tipo de archivos. Como Patricia Juez es un entusiasta de las Letras y de la Arqueología, de la Cultura Hispanoamericana. Se conoce al dedillo el sistema de catalogación de la Biblioteca Nacional puesto que le ha dedicado años de su vida a la informatización y digitalización de aquélla, y bajo su dirección se desarrolló su sistema de gestión bibliotecario y bibliográfico.

Cualquier persona que con frecuencia vaya a investigar o estudiar a la Biblioteca Nacional es testigo de que contamos con uno de los mayores tesoros bibliográficos de la humanidad. Y eso en buena medida es fruto, por un lado, de una herencia que los hombres y mujeres de España y del mundo hemos recibido de anteriores generaciones que con sus esfuerzos y recursos le fueron dando forma y contenidos. Y que como todo legado tenemos la responsabilidad las nuevas generaciones de cuidarlo y enriquecerlo.

Y, por otro, la Biblioteca Nacional es una realidad gracias a la labor que lleva desde principios del siglo XVIII haciendo el cuerpo de archiveros y bibliotecarios que han formado o forman parte del equipo de la Biblioteca Nacional. Lugar que además ofrece una serie de actividades culturales a lo largo del año muy interesante como su eficiente y eficaz Departamento de Prensa nos recuerda a sus suscriptores cada semana a través de su Puesta al día o *Newsletter*.

En la Biblioteca Nacional éste que os habla ha podido disfrutar por ejemplo de la sabiduría de Laín Entralgo dando un curso sobre *Ciencia y Humanismo* en los años noventa, cuando como ahora vosotros era estudiante universitario. O en estos días y en los próximos meses cualquiera podemos disfrutar de la Exposición dedicada a Miguel Delibes por su centenario.

Cuando a vosotros o a los otros estudiantes que ya han pasado por mis cursos y actividades en los últimos años, os insisto y recuerdo desde la primera clase y a lo largo del curso de la importancia de documentarnos bien tanto para nuestra vida profesional como personal, y que quien aprende a cotejar fuentes solventes de las que no lo son, tiene un plus que lo diferencia, entenderá a partir de hoy con mayor claridad escuchando a Xavier Agenjo porque es clave ser capaz de moverse con soltura entre manuscritos, libros, fotografías o cualquier resto humano.

Patricia Juez

Patricia Juez es el espíritu cotidiano de la Fundación Ignacio Larramendi. Siempre que uno se pone en contacto con ella y la Fundación allí está para con su voz dulce y cercana trasladar a los miembros ejecutivos las propuestas de proyectos y mecenazgo que llegan a lo largo del año.

Ser mecenas en España no es fácil, exige como todo en la vida vocación, generosidad y recursos. Implica toparse con los políticos que desde hace cuatro décadas han sido incapaces de hacer una Ley de Mecenazgo inteligente y con perspectivas de perdurar y adaptarse a los tiempos para facilitarlos. Práctica que por el contrario desde hace más de un siglo tienen asimilada en el mundo norteamericano y anglosajón, donde las universidades, la sociedad civil y lo público se ven año tras año beneficiados por los trabajos y los enormes recursos que los mecenas redistribuyen para proyectos educativos, artísticos, sanitarios, sociales o deportivos.

Durante este tiempo de la pandemia del Covid 19, Patricia Juez ha seguido sus ocupaciones diarias como millones de hombres y mujeres teletrabajando desde su hogar familiar y a la vez atendiendo a su padre, marido e hijos. Es ella lo que se dice una mujer directora de orquesta, capaz de interpretar con finura y competencia varios instrumentos a la vez y mantener el equilibrio diario, *desideratum* de la mayoría.

Patricia Juez es historiadora y arqueóloga, y entre los yacimientos arqueológicos que recuerda con especial cariño por haber trabajado en él en su juventud, está el de Numancia. Cuando el célebre arqueólogo alemán Schulten comenzó a indagar dónde podía estar el enclave exacto de la ciudad numantina, una de las fuentes que consultó fue Cervantes. El maestro de las letras españolas, como sabéis, escribió *El cerco de Numancia*. Y además mucho sabía de batallas y cercos el bueno de D. Miguel por sus años dedicados a la defensa de España a través de las armas, y aunque el arrojo y la valentía en Cervantes como en otros se demostró en el campo de batalla, su mejor arma fue y sigue siendo la palabra.

A Patricia Juez le gusta recorrer España, pararse a descubrir sus rincones, saborearlos. Se conoce bien la España vacía por sus viajes por la provincia soriana o por Asturias. Y siempre que puede en sus trayectos hasta Sevilla donde hace su Tesis Doctoral en la Universidad Pablo de Olavide, se deleita observando y recorriendo

las calles de la urbe hispalense donde es tan fácil toparse con lugares grabados en la biografía de Cervantes.

Además, Patricia Juez es una persona comprometida con nuestro tiempo y desde hace años dedica jornadas de tarde a otros semejantes que necesitan de escucha y de atención.

I. Una mirada a la presencia de España y lo español en la obra de Cervantes y su recepción

Santiago A. López Navia

Profesor Titular en la UNIR

Una introducción obligada: la españolidad de un autor por excelencia y de una obra por excelencia

A estas alturas del siglo XXI resulta innecesario argumentar que Cervantes es, con diferencia, el escritor que mejor representa a España ante el mundo, al igual que ocurre con Shakespeare en el caso de Inglaterra. No estoy tan seguro de que en otros países se pueda encontrar un caso que concite tanta unanimidad. Por lo que respecta a España tal vez hay un acuerdo casi mayoritario en reconocer que Galdós sigue a Cervantes en esa representatividad, pero el consenso no será probablemente el mismo a la hora de seleccionar al escritor que complete la tríada. Habrá quienes sitúen a Cela en la cumbre de nuestro Parnaso; habrá quienes, aprovechando la celebración del centenario de su nacimiento este mismo año, reclamen el tercer lugar para Delibes y habrá, por supuesto, quienes defiendan otras candidaturas.

Otro tanto cabe decir de la indiscutible fuerza con la que don Quijote (sobre todo) y Sancho Panza se han convertido en los personajes por excelencia de la literatura española y no solo de la literatura, hasta el punto de que podemos admitir sin temor a exagerar que representan por extensión a España y lo español no solo por el grado de complicidad que concitan en todo receptor mínimamente informado, sea o no lector del *Quijote*, sino por la carga de simbolismo que han venido asumiendo con el paso de los años.

Sigo pensando, y sé muy bien que no es la primera vez que lo digo¹, que un ejemplo rotundo de esta fuerza simbólica se aprecia en esa portada del suplemento *Su dinero* del diario *EL MUNDO* del 5 de enero de 1997 en la que, en vísperas de la entrada en vigor del euro como moneda única europea, la imagen (solo la imagen, insisto) de don Quijote y Sancho Panza son la clara representación de España frente

¹ Véase López Navia, 2005.

a Europa, representada al mismo tiempo por la silueta del mapa europeo y por el símbolo de las estrellas de su bandera. La ecuación es sencilla: en términos de representatividad un único signo (un icono), la imagen de los personajes, vale tanto como la combinación de un icono (el mapa de Europa) y un símbolo (las estrellas que, dispuestas en círculo, remiten a su unidad). No creo que sea necesario insistir mucho más en la españolidad de nuestro escritor y nuestro personaje literario por excelencia: dos claves españolas, en sintonía con el título del congreso que nos convoca y que rinde un claro y más que merecido homenaje a Julián Marías.

Una breve mirada a España y lo español en la obra de Cervantes

Aunque Américo Castro nos recuerda que no encontramos en Cervantes “una idea de conjunto acerca de España”², y sin la pretensión de ser exhaustivo, me propongo repasar a continuación algunas muestras significativas de la presencia de España y lo español en la obra cervantina. Mi recorrido empieza por *El cerco de Numancia* (c. 1581-1587), en la que la misma España se presenta a sí misma como “la sola desdichada”³ y “esclava de naciones extranjeras”(v. 370) y solicita, conmovida por la desdicha de los numantinos asediados por el ejército romano, la protección del río Duero. Respondiendo a su llamada, el Duero deja clara constancia en su profecía de que nada puede hacerse para cambiar el aciago destino de los numantinos, defensores de su libertad hasta las últimas consecuencias. La historia, en todo caso, le llevará a España el consuelo de:

“que no podrán las sombras del olvido
escurecer el sol de sus hazañas,
en toda edad tenidas por extrañas”⁴.

Tras profetizar otros momentos históricos que irán abonando la redención y la grandeza de España, el río Duero llega hasta Felipe II, que traerá la hegemonía sobre el mundo y la unidad del imperio, especialmente por lo que toca a la reinte-

² Castro, 1970, p. 219.

³ Sigo la edición de Robert Marrast (Madrid, Cátedra, 1984), aunque en algún caso corrijo alguna errata. La cita corresponde al verso 360.

⁴ *La Numancia*, vv. 462-464.

gración de Portugal, anexionada en 1580 y después separada. La visión de este futuro glorioso debe confortar a la España dolorida por la adversidad inevitable que se cierne sobre Numancia:

“Pero el que más levantará la mano
en honra tuya y general contento,
haciendo que el valor del nombre hispano
tenga entre todos el mejor asiento,
un rey será, de cuyo intento sano
grandes cosas me muestra el pensamiento:
será llamado, siendo suyo el mundo,
el segundo Filipo, sin segundo.
Debajo de este imperio tan dichoso,
serán a una corona reducidos
por bien universal y tu reposo
tres reinos hasta entonces divididos;
el jirón lusitano tan famoso,
que un tiempo se cortó de los vestidos
de la ilustre Castilla, ha de zurcirse
de nuevo a su estado antiguo unirse.
¡Qué envidia, qué temor, España amada,
te tendrán mil naciones extranjeras,
en quien tú teñirás tu aguda espada
y tenderás triunfando tus banderas!”⁵

Francisco Vivar destaca la clara identificación entre Numancia y España y la relación entre el destino de la primera y el futuro de la segunda a la luz de la profecía del río Duero, que encuentra el origen del imperio español en la resistencia de los

⁵ *La Numancia*, vv. 505-524.

numantinos y su culminación en la figura de Felipe II y la realización del destino del imperio con la unidad de los pueblos de la Península Ibérica, lo cual sitúa al lector “ante un hecho histórico de suma importancia y actualidad: la formación del estado moderno”⁶. Por lo que respecta a la coherencia que se desprende de la continuidad temporal reflejada en la obra, los españoles deben enorgullecerse de sus orígenes numantinos y no desistir ante el sentido de unidad y el valor que representa esta herencia.

A diferencia de Vivar, Cerstin Bauer-Funke no cree apreciar un discurso patriótico claro y se pregunta si Cervantes se está permitiendo un ejercicio de audacia en el contexto de la España imperial de Felipe II. En este sentido, Bauer-Funke apunta a la posibilidad de que el tratamiento de la lucha por la libertad de los numantinos ante el ejército romano sea una referencia a las aspiraciones de Portugal, las Alpujarras o Flandes y “con la representación elogiosa de los numantinos como pueblo rebelde se filtra [...] un discurso político con fuertes tintes heterodoxos”⁷, en todo caso alejado de la perspectiva oficial de la España de los siglos de oro y crítico con respecto al rey.

En *La señora Cornelia* (1613)⁸ leemos la alta estima que Lorenzo Bentibolli profesa al valor de los españoles a tiempo de reclamar la protección y la compañía de don Juan de Gamboa:

“Vos, señor, me habéis de hacer merced de venir conmigo, que, llevando un español a mi lado, y tal como vos me parecís, haré cuenta que llevo en mí guarda los ejércitos de Xerxes. Mucho os pido, pero a más obliga la deuda de responder a lo que la fama de vuestra nación pregona”⁹.

En su obra ya citada, Américo Castro selecciona con excelente tino diferentes contextos de las obras de Cervantes en los que se elogia a los diferentes pueblos de España: la cortesía, la lealtad y la hospitalidad de los catalanes en *Las dos doncellas* (1614), en un sentido muy parecido al que llevará a Cervantes a referirse a Barcelona como “archivo de la cortesía” en el capítulo II, 72 del *Quijote*, y su elevado sentido de la honra en el *Persiles* (“gente que con facilidad da la vida por la honra”¹⁰); la belleza de Valencia y sus mujeres y la gracia de su lengua en el mismo capítulo del

⁶ Vivar, 2000, p. 17.

⁷ Bauer-Funke, 2011, p. 39.

⁸ Sigo el texto de *La señora Cornelia* en la edición de las *Novelas ejemplares* de Frances Luttikheizen (Barcelona, Planeta, 1994).

⁹ *La señora Cornelia*, p. 551.

¹⁰ *Persiles*, III, 12. Cito por la edición de Carlos Romero (Madrid, Cátedra, 1997).

Persiles y las virtudes (sobre todo la bondad) de los vascos frente a los deméritos de los gallegos (su menor sentido de la puntualidad y el miramiento) en *La señora Cornelia*, ya citada con anterioridad.

De nuevo el proverbial valor, la gallardía y el amor a la libertad de los españoles son tratados en el momento del diálogo entre Andrea y el cautivo Madrigal en *La gran sultana* (1615), en el que la primera exclama “¡Español sois sin duda!”¹¹ tras la declaración de los propósitos del segundo:

“que he de romper por montes de diamantes
y por dificultades indecibles,
y he de llevar mi libertad en peso
sobre los propios hombros de mi gusto,
y entrar triunfando en Nápoles la bella
con dos o tres galeras levantadas
por mi industria y valor...”¹².

Julián Marías ve en las palabras de Andrea y en la orgullosa respuesta de Madrigal (“Y soylo, y soylo, / lo he sido y lo seré mientras que viva, / y aun después de ser muerto ochenta siglos”¹³) la expresión de:

“la trayectoria permanente de Cervantes: ser español [...] Una instalación en la condición española, en lo que llama, con una palabra poco frecuente pero que Cervantes usa alguna vez, “españolía” [...] Entre las muchas instalaciones hay una que es la condición histórico-social, algo más profundo que el estamento o clase; la pertenencia a un país, cuando es auténtica e intensa, es una instalación en una forma particular de humanidad. Esta es, creo yo, la instalación fundamental de Cervantes, receptora de todas las demás que se

¹¹ Sigo la edición de Florencia Sevilla en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (Alicante, 2001). A tiempo de redactar la versión final de este trabajo me llega la triste noticia del fallecimiento de Florencio Sevilla el 16 de diciembre de 2020. Sirvan estas líneas como recuerdo afectuoso a su persona y como humilde homenaje a su extraordinaria obra filológica. La cita corresponde al verso 522.

¹² *La gran sultana*, vv. 511-517.

¹³ *La gran sultana*, vv. 522-524.

superponen al ir surgiendo en distintos estadios de su vida. Es lo primero que habría que decir de Cervantes”¹⁴.

El carácter indómito de los españoles, su amor a la libertad, su capacidad para sobreponerse a la adversidad y el sentido del honor que impregna el cumplimiento de su palabra quedan perfectamente reflejados en las palabras a caballo entre el desdén y la admiración que en la jornada cuarta de *El trato de Argel* (c. 1582) pronuncia el rey musulmán a tiempo de ordenar el castigo para el cautivo malagueño que ha sido capturado tras un intento fallido de fuga de su prisión:

“¡No sé qué raza es esta destes perros
cautivos españoles! ¿Quién se huye?
Español. ¿Quién no cura de los hierros?
Español. ¿Quién hurtando nos destruye?
Español. ¿Quién comete otros mil yerros?
Español, que en su pecho el cielo influye
un ánimo indomable, acelerado,
al bien y al mal contigo aparejado.
Una virtud en ellos he notado:
que guardan su palabra sin reveses”¹⁵.

En *Los baños de Argel* (1615) Cervantes vuelve a poner de relieve las virtudes que adornan a los españoles. Su valor indeclinable, su persistencia y su amor por la libertad se aprecian en la primera jornada en el diálogo que mantiene con el moro Carahoja un cautivo cristiano que ha sido capturado y condenado a perder las orejas tras un nuevo intento de fuga. Su determinación no puede estar más clara, y la coherencia entre su actitud imbatible y su condición de español queda más que acreditada en el breve intercambio de preguntas y respuestas que Carahoja mantiene con un guardián:

¹⁴ Sigo el texto a partir de la edición de 1990, p. 104.

¹⁵ Sigo la edición de Florencio Sevilla en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (Alicante, 2001), vv. 405-414.

“CRISTIANO:

Si las prisiones no doblas,
haz cuenta que me has perdido:
que aunque me desmoches todo,
y me pongas de otro modo
peor que este en que me veo,
tanto el ser libre deseo,
que a la fuga me acomodo
por la tierra o por el viento,
por el agua y por el fuego;
que, a la libertad atento,
a cualquier cosa me entrego
que me muestre este contento.
Y, aunque más te encolerices,
respondo a lo que me dices,
que das en mi huida cortes,
que no importa el ramo cortes,
si no arrancas las raíces.
Si no me cortas los pies,
al huirme no hay reparo.

GUARDIÁN:

Carahoja, ¿este no es
español?

CARAHOJA:

¿Pues no está claro?

¿En su brío no lo ves?"¹⁶

El valor de la palabra de los españoles, que antes vimos convenientemente reconocido por el rey en *El trato de Argel*, aquí es convenientemente reivindicado ante Costanza, esclava de Cauralí, por el cautivo don Lope:

"COSTANZA:

Gentilhombre, ¿sois de España?

DON LOPE:

Sí, señora; y de una tierra
donde no se cría araña
ponzoñosa, ni se encierra
fraude, embuste ni maraña,
sino un limpio proceder,
y el cumplir y el prometer
es todo una misma cosa"¹⁷.

Así lo reafirma don Lope a tiempo de despedirse de su amada, la mora Zahara, a quien promete volver con ella en un plazo de ocho días poniendo como garantía del cumplimiento de su palabra su triple condición de español, cristiano y caballero:

"DON LOPE:

Cristiano y español soy,
y caballero, y te doy
mi fe y palabra de nuevo
de hacer lo que en esto debo"¹⁸.

¹⁶ Sigo la edición de Florencio Sevilla en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (Alicante, 2001), vv. 529-550.

¹⁷ *Los baños de Argel*, vv. 741-748.

¹⁸ *Los baños de Argel*, vv. 699-702.

No se puede olvidar la fidelidad de los españoles a su religión, como ilustra el niño cautivo Francisquito, insensible ante la insistencia de su amo el cadí para que reniegue de su condición de cristiano y abrace el Islam. Así se lo dice a su hermano Juanico:

“FRANCISQUITO:

No pienses que he de ser moro,
por más que aqueste inhumano
me prometa plata y oro,
que soy español cristiano”¹⁹.

La fe del pequeño esclavo español no cede ni siquiera ante el castigo físico, y así se lo advierte el rey Hazán Bají al cadí cuando este insiste en azotarle haciendo, por medio de una enumeración de contundentes adjetivos, un inventario muy revelador de los rasgos que definen el carácter español: la terquedad, la insistencia, la fiereza, la arrogancia (el rasgo de los españoles más frecuente en Cervantes según Américo Castro), la pertinacia, la actitud indómita y la osadía. El fragmento que transcribo es muy elocuente:

“Pues no te canses,
que es español, y no podrán tus mañas,
tus iras, tus castigos, tus promesas,
a hacerle torcer de su propósito.
¡Qué mal conoces la canalla terca,
porfiada, feroz, fiera, arrogante,
pertinaz, indomable y atrevida!
Antes que moro, le verás sin vida”²⁰.

El arrojo un punto suicida propio de los españoles queda demostrado poco más adelante en el diálogo que mantiene con Hazán Bají un cristiano que ha sido

¹⁹ *Los baños de Argel*, vv. 986-989.

²⁰ *Los baños de Argel*, vv. 462-469.

capturado tras un intento de fuga por mar en una balsa precaria e inestable en la que, “confiado en el cielo y en el viento”²¹, se conforma con no hundirse y alcanzar “cualquier ribera de cristianos”²². La observación del rey y la respuesta del cristiano son de una evidente elocuencia:

“REY:

¡En fin, español eres!

CRISTIANO:

No lo niego”²³.

Pero el fragmento que me parece en verdad relevante para entender la actitud de Cervantes en relación con España y su compleja diversidad se encuentra en el capítulo II, 54 del *Quijote*, en donde leemos los argumentos del morisco Ricote, paisano de Sancho, que ha regresado de su destierro desafiando la resolución de Felipe III para desenterrar el tesoro escondido en las afueras de su pueblo. Ricote entiende que la pena que pesa sobre los moriscos es tan justa como rigurosa, porque sus circunstancias religiosas no se sustraen a los sentimientos que le mueven como español dolorido por la ausencia de su patria y que expresa en unas palabras extraordinariamente conmovedoras:

“Doquiera que estamos lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural [...] No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven a ella, y dejan allá a sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse: que es dulce el amor de la patria”²⁴.

Fernando Plata²⁵, a cuya completa revisión bibliográfica remito en torno a los principales estudios sobre el sentido de este capítulo de la segunda parte del *Quijote*,

²¹ *Los baños de Argel*, v. 485.

²² *Los baños de Argel*, v. 488.

²³ *Los baños de Argel*, v. 491.

²⁴ Cito el texto por la edición de Martín de Riquer (Barcelona, Planeta, 1980).

²⁵ Plata, 2015. No es objeto de mi trabajo referir ni reseñar en este punto la amplísima bibliografía dedicada al episodio de Ricote en particular y a Cervantes y los moriscos en general. Tomo como referencia a título de ejemplo los trabajos de Villar y Plata, de reciente publicación, renunciando a la

hace notar que el morisco Ricote representa la tragedia de los españoles que han tenido que marcharse de España, más sencilla y menos heroica que la vivida en otros momentos que han merecido una mayor atención, y destaca la altura de miras de un Cervantes adelantado a su tiempo que no le resta a Ricote la condición de español por el hecho de hablar la lengua morisca (sin más detalles) sin dejar de ser capaz de expresarse en la lengua española:

“Solo el “desarraigado” puede, literalmente, conocer y sentir y ver la raíz de ese ser español y comprobar, como Ricote, lo inútil de querer plantar esa raíz en suelos foráneos que la rechazan y donde nunca podrá enraizarse totalmente el español trasterrado. Y notémoslo ya: Ricote es musulmán, pero es cristiano; se expresa en castellano, pero su lengua es otra, la “morisca”. Ricote, bilingüe, no por eso menos español [...] ¡Qué grandeza intelectual la de Cervantes, qué lejos de la cicatería de quienes, siglos después, identificarán lengua y nación!”²⁶

En un sentido similar, y extendiendo el sentir de Ricote a los acontecimientos históricos de 1492, Alicia Villar²⁷ se plantea una hipótesis sin duda interesante y en todo caso coherente con la perspectiva amplia y tolerante de Cervantes, que “indirectamente deja entrever el despiadado trato que sufrió el pueblo judío, que desembocó en su expulsión, en el siglo XV”²⁸.

Algunos ejemplos representativos de la visión de España y los españoles en la recepción del *Quijote*

Pretendo, en este punto, ofrecer algunas muestras relevantes de la presencia de España y los españoles en la recepción de la obra de Cervantes en determinados momentos históricos que suscitan un singular interés, como aspiro a demostrar. Para ello prestaré especial atención al *Quijote*, por razones obvias y, sin renunciar a hacer alguna incursión en otros ámbitos, cargaré las tintas en las recreaciones narrativas, que nutren en mayor medida el corpus de la recepción de la obra cervantina

fácil tentación de ampliar sin medida lo que pretende ser una visión panorámica de la presencia de España en la obra de Cervantes y sus recreaciones. Por razones obvias no puedo dejar de citar, en cualquier caso, los trabajos de Márquez Villanueva (1975, 1984 y 2010).

²⁶ Plata, 2015, p. 268.

²⁷ Villar, 2008.

²⁸ Villar, 2008, p. 190.

y han demostrado ser más permeables que las propias de otros géneros a las actitudes impregnadas por las diferentes posiciones ideológicas de sus autores.

Es comprensible que nuestro recorrido comience en los años próximos a la muerte de Cervantes, en los que ya se aprecia su influencia inmediata en el contexto histórico de la crisis del siglo XVII. Joan Estruch²⁹, a quien seguimos en este punto, estudia el alcance de la popularidad de Cervantes y el *Quijote* en la última década de la primera mitad del siglo, que justifica que la obra se utilice como recurso para abonar los argumentos de quienes se pronuncian ante algunos de los acontecimientos que sacuden el reinado de Felipe IV.

El primero de estos acontecimientos es la sublevación catalana del 7 de junio de 1640, que suscita los ataques a la deslealtad de los catalanes que se vierten en la *Justificación real*, cuyo autor anónimo toma partido por la monarquía española³⁰. Frente a esta postura adversa a Cataluña se manifiesta el autor, también anónimo, de *Cataluña defendida por sus émulos*, publicada en 1641, que se refiere a Cervantes como uno de los autores que, junto al jurista Miguel Martínez del Villar y el escritor Vicente Espinel (entre otros), pueden entenderse como valedores de la lealtad indiscutible del pueblo catalán.

El segundo acontecimiento histórico de interés para el caso que nos ocupa es la rebelión de Portugal, unos meses posterior a la de Cataluña, defendida por Antonio Sousa Macedo en *Lusitania liberata ab iniusto Castellorum dominio*, publicado en Lisboa en 1645 y refutada tres años después por Nicolás Fernández de Castro en *Portugal convencida con la razón para ser vencida con las católicas potentísimas armas de D. Felipe IV*, publicado en Milán, cuyo autor emplea la comparación entre Sousa Macedo y don Quijote para deslegitimar sus argumentos por la vía de la ridiculización de su conducta desquiciada. Obsérvese cómo el mismo eje literario, conformado por el autor (en el primer caso) y su principal personaje (en el segundo), se convierte en un recurso que vale para abonar, respectivamente, los argumentos favorables al territorio sublevado y los que avalan las tesis de la monarquía de Felipe IV. En efecto, tal como observa Estruch, “el *Quijote* se había convertido en un signo polivalente

²⁹ Estruch, 1992.

³⁰ Estruch sugiere que la autoría de la *Justificación real* puede atribuirse a Alonso Guillén de la Carrera, que respondería así a un encargo del conde-duque de Olivares.

que los bandos más dispares y antagónicos podían utilizar al servicio de sus ideologías”³¹.

El segundo periodo que nos interesa revisar es la Guerra de Independencia contra la invasión francesa. En este contexto histórico Napoleón simboliza la locura quijotesca en plena sintonía con las imitaciones del *Quijote* que se publican en el siglo XVIII y en las primeras décadas del siglo XIX, en las que el personaje por excelencia de Cervantes representa el alejamiento de la ortodoxia predominante en España frente a las ideas ilustradas procedentes de Francia. Así, en *El Don Quijote de ahora con Sancho Panza el de antaño* de Francisco Meseguer, publicado en 1809³², asistimos a la discusión entre Napoleón Bonaparte, “el Quijote de ahora”, que encarna a la Francia invasora, con “Sancho Panza el de antaño”, fiel representante de la España tradicional sometida por el enemigo francés, quien ve en Napoleón a un “caballero andante contrahecho, porque [...] hace todas las cosas al revés de cómo las hacía mi amo”³³.

A diferencia del verdadero don Quijote, empeñado en “enderezar los tuerzos”, leemos poco más adelante que Napoleón “todo lo va torciendo por donde pasa”, como demuestran la imposición del reinado de su hermano José y la confianza perniciosa que deposita en Godoy, que aquí aparece como un traidor en toda regla. La respuesta de Napoleón consiste en afejar la conducta de Sancho como propia de un español “bárbaro y estúpido”³⁴, a lo que este replica con un completo inventario de las virtudes características de los españoles, entre las que destacan la religiosidad, la laboriosidad y la honradez.

³¹ Estruch, 1992, p. 117. En un sentido muy parecido a lo que representa este “signo polivalente” enunciado por Estruch se expresa Francisco Cuevas a propósito de las imitaciones del *Quijote* de finales del siglo XVIII y primeros años del XIX: “La figura quijotesca servirá para realizar sátira de costumbres desde la dualidad del personaje y de la distinción *Quijote*/don Quijote que se vuelve difusa, de ahí que la etiqueta *quijote* pudiera utilizarse despectiva o elogiosamente”(Cuevas, 2013, p. 408).

³² Francisco Meseguer, *El Don Quijote de ahora con Sancho Panza el de antaño*, impreso en Córdoba y por su original en México en la oficina de Doña María Fernández de Jáuregui, calle de Santo Domingo, año de 1809. Junto a las ediciones de este opúsculo de diecinueve páginas publicado en Córdoba y México hay otra edición en Murcia también publicada el mismo año. Sigo el texto en el ejemplar de la Biblioteca Nacional con signatura Cerv. Caja 27 n° 30.

³³ Meseguer, 1809, p. 9.

³⁴ Meseguer, 1809, p. 17.

En la misma línea, en 1813 ve la luz la anónima *Napoleón o el verdadero D. Quijote de la Europa*³⁵, cuyo autor, autoproclamado “español amante de su patria y de su rey” desde el mismo título del libro, se convierte en paladín del rey Fernando VII, a quien, como reclama en la “Dedicatoria”, deben reivindicar los españoles “buenos y leales” frente a un Napoleón cuyo desquiciamiento quijotesco se manifiesta, por ejemplo, en la abolición del tribunal de la Inquisición y en la exageración con la que alude a sus numerosos efectivos militares. Por extensión, las desviaciones quijotescas afectan a las pretendidas fanfarronadas del ejército francés, especialmente a propósito de la defensa de Madrid, en la que la actitud valiente, ruidosa y aguerrida de los madrileños tiene en las tropas enemigas el mismo efecto adverso que “el ruido de los batanes y los molineros del barco encantado” causó en don Quijote³⁶.

La relación de don Quijote con España y el carácter español vuelve a manifestarse durante el Desastre del 98 en dos obras tan interesantes como singulares: el cuento “D.Q.” de Rubén Darío, publicado en 1899, ejemplo de continuación heterodoxa, y la novela *El alma de don Quijote* de Jerónimo Montes, imitación narrativa de corte inequívocamente panfletario publicada en 1904³⁷. Ambas se afanan, con méritos literarios dispares, en reivindicar el honor de España, militarmente derrotada por la insurrección nacionalista en Filipinas y por el ejército estadounidense en Cuba, bien entendido que las actitudes de los protagonistas son muy diferentes: mientras que D.Q., el misterioso abanderado de la compañía del Ejército de Tierra de España, a quien conocemos solo por sus iniciales por lo demás inconfundibles,

³⁵ *Napoleón o el verdadero D. Quijote de la Europa, o sean comentarios crítico-patriótico burlescos a varios decretos de Napoleón y su hermano José, distribuidos en dos partes y cincuenta capítulos. y escritos por un español amante de su patria y de su rey desde primeros de febrero de 1809 hasta finales del mismo año*, Madrid, imprenta de Ibarra, 1813. Sigo el ejemplar de la Biblioteca Nacional Cerv. Sedó 5481-4 en cuatro volúmenes (el primero de ellos incompleto). Remito a las autorizadas consideraciones de Álvarez de Miranda (2004) para los detalles que afectan a la autoría de la obra. Me he ocupado de esta obra y de la de Meseguer de forma más extensa en un trabajo anterior (López Navia, 2008).

³⁶ *Napoleón o el verdadero D. Quijote de la Europa*, 1813, p. 33. Es evidente la alusión a dos episodios del *Quijote*: la aventura de los batanes (I, 20) y la aventura del barco encantado (II, 29), y más concretamente al encuentro con los molineros que, con sus voces, pretenden advertir a los protagonistas del peligro que corren cuando su barco se aproxima a las ruedas de un molino de agua.

³⁷ El cuento “D.Q.” de Rubén Darío se publica por primera vez en 1899 en el *Almanaque Peuser* de Buenos Aires. El lector interesado puede leerlo en los *Cuentos fantásticos* del poeta nicaragüense, recopilados por José Olivio Jiménez en 1982 en Alianza Editorial, que tengo a la vista. La novela de Montes se publica por primera vez en 1904 en Ediciones El Buen Consejo (sigo la tercera edición, de 1963, publicada en la misma editorial). He dedicado varios trabajos a estas dos obras. Remito al último de ellos, cuya publicación se prevé en 2021 en la revista *Hipogrifo*.

se arroja al abismo eligiendo un final heroico y terrible antes que someterse a entregar la bandera española al enemigo, el coronel retirado César Iturralde, quijotesco protagonista de la novela de Montes, se propone recuperar Cuba y Filipinas liderando una quimera militar que solo puede acabar desastrosamente.

Aunque ambas obras están movidas por una inequívoca animadversión a los Estados Unidos de América, tratados expresamente como “piara de cerdos”³⁸ por Montes frente al “noble león de España”³⁹, sus actitudes ideológicas se adscriben a orientaciones diferentes. La novela de Montes no disimula su actitud racista frente a los filipinos y los mestizos, ni su antirrepublicanismo militante ni su postura evidentemente antiliberal. De acuerdo con Jáuregui (1998), el cuento de Rubén Darío debe entenderse en el registro temático del calibanismo, que ve en el personaje Calibán de *La Tempestad* de Shakespeare (1611) un símbolo adecuado para reivindicar los elevados valores de la cultura hispánica frente al capitalismo estadounidense. Es evidente la amplitud identitaria que abarca lo hispánico en Rubén Darío, que le concede al adjetivo una dimensión extensa y transversal, frente a la mirada restrictiva de Montes, radicalmente españolista, que no hispanista.

Es de la mayor importancia poner de relieve que en estas circunstancias históricas las miradas nacionalistas a don Quijote no son exclusivamente españolistas. Como muy bien ha estudiado Carme Riera⁴⁰, a quien seguimos ahora, este es un momento histórico en el que la crisis motivada por la pérdida del poder colonial de España coincide con una especial efervescencia del nacionalismo catalanista que, sobre todo a partir de los postulados de Pompeu Gener, ve en el personaje una conducta desquiciada propia de un españolismo rancio, opinión refrendada por Josep Pijoan cuando contrapone al barcelonés Antonio Moreno, pragmático y racional, con el castellano don Quijote, representante de un idealismo alejado de su tiempo.

Tal como con todo acierto ha estudiado Eric Storm⁴¹, de cuya mano vamos en este punto, la celebración del centenario de la primera parte del *Quijote* en 1905 se propone, en cierto sentido, volver por los fueros del nacionalismo español, que había quedado muy tocado tras la pérdida de las colonias de ultramar. De hecho, en un momento como aquel (y si se me permite la obviedad, al igual que en cualquier otro momento de la historia de España), en el que resultaba muy difícil concitar la adhesión de todas las sensibilidades políticas, nacionalistas y culturales, se daba en

³⁸ Montes, 1904, p. 205.

³⁹ Montes, 1904, p. 199.

⁴⁰ Riera, 2005.

⁴¹ Storm, 1998.

suponer que la figura de don Quijote podría ser lo suficientemente atractiva como para unir al país.

Resulta en verdad curioso, en este contexto, que Ramiro de Maeztu se alejase excepcionalmente de este entusiasmo generalizado empeñado en sostener que en realidad el personaje encarnaba la manifestación más clara de una España cansada, muy poco apropiada para dinamizar los afanes patrióticos en un momento en el que se trataba precisamente de levantar la cabeza. La actitud de Maeztu es muy diferente, como observa Storm, a la de otros hombres públicos de este periodo. El obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón, por ejemplo, elogia a Cervantes como quien encarna a la perfección los valores de España y la fe cristiana. José Canalejas celebra que Cervantes haya sacado a don Quijote de la locura y entiende que esa misma vuelta a la razón debería guiar a una España laboriosa dispuesta a recuperar su grandeza, y Francisco Navarro Ledesma ve en don Quijote la figura de un padre que puede guiar a España en su resurgir como nación.

Y llegamos, por fin, a algunas obras literarias de los siglos XX y XXI, no menos interesantes por menos conocidas, en las que la recreación de don Quijote vuelve a poner el foco en su condición simbólica de España y lo español, con un claro sesgo españolista que en algún caso resulta muy evidente. La primera de las tres novelas de las que me voy a ocupar representa un caso en verdad atípico en el corpus de las recreaciones narrativas del *Quijote*. Me refiero a *Don Quijote y Tío Sam* de Nicasio Pajares, publicada en 1930⁴², “novela pseudohistórica y fantástica” como muy acertadamente reconoce su subtítulo, adscribible en todo caso a la categoría de las continuaciones heterodoxas de la novela original, en la que don Quijote adquiere la condición simbólica de elemento aglutinante de un panorama identitario tan complejo y plural como el español.

Al principio de la recreación de Pajares España se nos presenta, con una intención igualmente simbólica, como una casa solariega que camina hacia la ruina. Movido por sus ideales y estimulado por su madre, don Quijote convoca a un ramillete de personajes que, siempre en la misma línea simbólica que viene marcando el tono de la novela, representan con claridad a las diferentes identidades territoriales del país: el catalán don Xaume de Tarrasa, el gallego don Farruco del Agro, el andaluz don Maolillo (*sic*) de Triana y el vasco don Iñasi de Guernica. Todos ellos son llamados por el caballero a salvar las diferencias que los separan y la consecuente

⁴² Nicasio Pajares, *Don Quijote y Tío Sam. (Novela pseudohistórica y fantástica)*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930.

indolencia en la que se sume España en pro de una reconquista del mundo que le perteneció, usando para ello “el arma prócer e invencible”⁴³ de la lengua española, contra la cual atenta el Tío Sam, archiconocido símbolo a su vez de la identidad estadounidense.

A lo largo del resto de la novela asistimos a una sucesión de profecías delirantes de la mano de una médium que nos presenta la visión de diferentes episodios futuros en los que don Quijote (o Quijano, en su caso) siempre representa simbólicamente a España. Así, en el año 1970 —recuérdese que la recreación de Pajares se publica cuarenta años antes— España resiste al lado de Gran Bretaña y Estados Unidos la “gran avalancha roja”⁴⁴, encarnada por Rusia y China, que amenaza a Europa. Esta eficaz alianza entre las tres potencias se consuma nada menos que en 2025 y nada menos que en El Toboso, a la sazón capital de nuestro país, que ahora es la Federación Anarco-Matriarcal Ibérica, presidida por don Quijote a perpetuidad y *ad honorem*, en la que la jornada de trabajo se reduce a ocho horas semanales.

En esta misma línea representativa del nacionalismo españolista más entusiasta debe entenderse *La estancia de don Quijote y Sancho en Don Benito* de Francisco García Núñez⁴⁵, continuación heterodoxa publicada en 2006 al socaire del cuarto centenario de la publicación del *Quijote*, en la que el caballero es el paladín de la defensa sin reservas ni concesiones de la unidad nacional, amenazada por el avance de las pretensiones nacionalistas de catalanes y vascos en la España de las autonomías, que “estaban poniendo en peligro no solo el buen vivir de los españoles, sino la buena armonía que reina entre sus pueblos”⁴⁶. Por descender al detalle personal, la inquina de don Quijote se vierte contra la “actitud arrogante” de Juan José Ibarretxe y Pascual Maragall, a la sazón *lehendakari* del gobierno vasco y *president* de la Generalitat, respectivamente.

Por fin, y más recientemente, el sociólogo Amando de Miguel publica la novela *Don Quijote en la España de la reina Letizia*⁴⁷, nueva continuación heterodoxa en cuyos capítulos X y XI se le da un buen repaso a la situación de la España en esos años. Así, en el contexto de una entrevista ofrecida al medio ficticio *Libertad Dactilar*, trasunto de un periódico de nombre muy parecido y fácil de identificar por el lector avisado, don Quijote aprecia que en nuestro país son más comunes los vicios que

⁴³ Pajares, 1930, p. 31.

⁴⁴ Pajares, 1930, p. 125.

⁴⁵ Badajoz, Proines. Me he ocupado con más detalle de esta obra en otro trabajo anterior (López Navia, 2008).

⁴⁶ García Núñez, 2006, p. 10.

⁴⁷ Barcelona, Stella Maris, 2016.

las virtudes. En este sentido, el protagonista lamenta la propensión de los españoles a la mentira, la venalidad y la pereza.

Para que no falten espacios de actualidad que propicien su proyección mediática, don Quijote participa en la tertulia del programa “*El acabose*”, tan ficticio como el canal en el que se emite, TV14, junto a contertulios cuya fingida identidad remite a periodistas reales cuyo modelo no resulta difícil desentrañar. En esta ocasión, y volviendo por el camino que ya abrió en su momento García Núñez, el caballero deja ver su vena españolista y manifiesta que las aspiraciones de ciertos grupos políticos a un Estado federal es un subterfugio para facilitar la separación de Cataluña, las Provincias Vascongadas (*sic*) y Navarra, que se justifica por la voluntad de perpetuarse en el poder de las “familias que mandan”⁴⁸ en esos territorios autonómicos. Esa pretensión separatista no puede ser más desafortunada: “Tratar de regresar al medievo, como veo que hacen los nacionalistas, constituye un delito de alta traición, aquí y en San Petersburgo”⁴⁹. A este panorama tan adverso se añade la amenaza que para don Quijote representan los gigantes contra los cuales hay que luchar ahora, el más feroz de los cuales es la proverbial corrupción de los políticos.

Si bien se mira, en todos los ejemplos que hemos revisado desde el siglo XVII hasta nuestros días la actitud que caracteriza a don Quijote frente a los conflictos identitarios propios de una realidad tan compleja como la española es claramente reactiva (y en algún caso, desde luego, un punto reaccionaria), desde el momento en que se justifica esencialmente como una respuesta que surge a partir de la afirmación de España ante los enemigos militares o las amenazas del nacionalismo separatista.

Me parece muy oportuno cerrar este recorrido con la acertada reflexión final de Julián Marías, a quien evoca inequívocamente la ocasión que nos reúne, sobre la huella y la presencia de Cervantes en España y que establece una interesante relación basada en la actitud predominante en cada momento histórico de nuestro país, de modo que el dominio del hermoso concepto del “amor inteligente” justifica su peso y su vigor en un decurso discontinuo e irregular, pero en todo caso claramente definido:

“Cuando surge la apatía o la indiferencia o, todavía peor, el odio, Cervantes se pierde, desaparece del horizonte. Cuando, por el contrario, domina en España el entusiasmo, el no importar el fracaso por algo que vale la pena, en

⁴⁸ De Miguel, 2016, p. 139.

⁴⁹ De Miguel, 2016, p. 140.

suma, el amor inteligente, entonces España es fiel a su condición cervantina. Se podría escribir nuestra historia al hilo de esa presencia o esta ausencia, y entonces adquiriría un relieve con el que no se nos suele presentar; y nos encontraríamos con que España, en gran medida, más de lo que se piensa, aunque de manera discontinua, con desviaciones y desmayos, ha seguido siendo cervantina”⁵⁰.

En conclusión, y partiendo de la evidencia que supone la radical representatividad de España que asumen Cervantes y su principal personaje, la presencia de España y de lo español es recurrente en la obra cervantina, en la que se ponen en evidencia sus principales virtudes: el valor, rayano a veces en la fiereza y otras veces en la temeridad; la gallardía, que deviene no pocas veces en arrogancia; el amor a la libertad propio del carácter irreducible de los españoles; su resiliencia; su acreditado sentido del honor, particularmente traducido en el compromiso ligado a la palabra dada; su persistencia (vista a veces como terquedad); su lealtad como cristianos y la condición diversa y plural de un país en el que todos importan, incluso aquellos que, como los moriscos, han sido condenados al dolor del destierro sin perder por ello el amor debido a la patria perdida y añorada.

Por lo que respecta a la recepción de Cervantes y su obra, y muy especialmente en cuanto toca al *Quijote*, la perspectiva varía en función de las circunstancias históricas, en las cuales, como en el contexto de la crisis del siglo XVII, el autor y su principal personaje pueden servir al mismo tiempo a intereses tan dispares como la afirmación de los valores propios de la unidad imperial y la legitimación de las actitudes de quienes reaccionan contra ella.

Resulta igualmente interesante constatar cómo la percepción de la españolidad de don Quijote no es siempre uniforme. Así, en el contexto histórico de la Guerra de Independencia en los albores del siglo XIX, don Quijote no encarna los valores españoles sino los deméritos de la locura quijotesca que caracteriza al enemigo de España por excelencia, Napoleón, ejemplo de desmesura y desquiciamiento. Al final del mismo siglo XIX, sin embargo, y en medio de la crisis de la pérdida del poder colonial español, maltrecho y ya casi extinto, don Quijote es el símbolo patrio por excelencia tanto a la hora de reivindicar –sobre todo ante el enemigo estadounidense– el honor mancillado en Cuba y Filipinas, como a la hora de entender las diferencias entre los valores de España y de la Cataluña nacionalista. De ahí que poco después, en el contexto de la conmemoración del tercer centenario de la primera

⁵⁰ Marías, 1990, p. 278.

parte del *Quijote*, el personaje más importante de Cervantes —y por extensión de toda nuestra literatura— se convirtiera, por su acreditado peso simbólico, en un estímulo que aspiraba a concitar la mayor adhesión nacional en torno al resurgir de la grandeza de España y de los valores patrios, sin que faltasen, como hemos visto, tan singulares disidencias como la que encarna Ramiro de Maeztu.

Por fin, y en esa misma línea de reactividad que parece definir el uso de la fuerza simbólica que entraña el personaje, el españolismo de don Quijote impregna muy claramente algunas recreaciones narrativas de los siglos XX y XXI (las de Nicasio Pajares, Francisco García Núñez y Amando de Miguel), en las que el personaje se alza frente a los encontronazos de la diversidad identitaria española, siempre compleja, reivindicando la defensa sin fisuras de la unidad nacional, amenazada por las pretensiones nacionalistas de vascos y catalanes.

Un mismo autor y un mismo personaje, en fin, alumbran y suscitan lecturas e intenciones muy diferentes, cuando no opuestas, demostrando esa poderosa multiformidad que en ninguna otra manifestación de la creatividad alcanza las dimensiones conquistadas por la literatura. Con razón decía el añorado José María Casassayas, de cuya muerte se cumplen dieciséis años a tiempo de terminar de escribir estas palabras, que el *Quijote* es algo parecido a esa mágica bola de cristal en la que cada adivino acaba viendo lo que le conviene. Esa es la grandeza de la creación literaria, siempre abierta y siempre diversa, y esa es la grandeza de la obra cervantina, siempre viva, siempre fecunda y siempre inspiradora.

OBRAS CITADAS

- ANÓNIMO (1813). *Napoleón o el verdadero D. Quixote de la Europa, o sean comentarios crítico-patriótico burlescos a varios decretos de Napoleón y su hermano José, distribuidos en dos partes y cincuenta capítulos. y escritos por un español amante de su patria y de su rey desde primeros de febrero de 1809 hasta finales del mismo año*. Madrid: Imprenta de Ibarra.
- BAUER-FUNKE, Cerstin (2011). El cerco de Numancia de Cervantes. En Carmen Iglesias (Ed.), *Ortodoxia y heterodoxia en Cervantes* (33-42). Madrid: Centro de Estudios Cervantinos.
- CASTRO, Américo. (1980). *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona: Noguer.
- CERVANTES, Miguel de (1984). *La Numancia* (ed. de Robert Marrast). Madrid: Cátedra.
- (1980) *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (ed. de Martín de Riquer). Barcelona: Planeta.
 - (1994) *Novelas ejemplares* (ed. de Frances Luttikheizen). Barcelona: Planeta.
 - (1997) *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (ed. de Carlos Romero). Madrid: Cátedra.
 - (2001) *La gran Sultana* (ed. de Florencio Sevilla). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
 - (2001) *El trato de Argel* (ed. de Florencio Sevilla). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
 - (2001) *Los baños de Argel* (ed. de Florencio Sevilla). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- DARÍO, Rubén (1982). *Cuentos fantásticos* (ed. de José Olivio Jiménez). Madrid: Alianza Editorial.
- ESTRUCH, Joan (1992). Cervantes, instrumento de propaganda política en la coyuntura 1640-1650. *Cervantes*, 12 (1), 111-117.
- GARCÍA NÚÑEZ, Francisco (2006). *La estancia de don Quijote y Sancho en Don Benito*. Badajoz: Proines.
- LÓPEZ NAVIA, Santiago. (2005). *Inspiración y pretexto. Estudios sobre las recreaciones del Quijote*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.

- (2008) La recreación literaria de don Quijote a la luz del nacionalismo españolista: don Quijote y Napoleón en la Guerra de la Independencia. En Alexia Dotras (coord.), *Tus obras los rincones de la tierra descubren. Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas* (427-440). Madrid: Centro de Estudios Cervantinos.

MARÍAS, Julián (1990). *Cervantes, clave española*. Barcelona: Círculo de Lectores.

MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco (1975). *Personajes y temas del Quijote*. Madrid: Taurus.

- (1984) El problema historiográfico de los moriscos. *Bulletin Hispanique*, 86 (1-2), 61-135.
- (2010) *Moros, moriscos y turcos de Cervantes. Ensayos críticos*. Barcelona: Bellaterra.

MESEGUER, Francisco (1809). *El Don Quijote de ahora con Sancho Panza el de antaño*. Impreso en Córdoba y por su original en México en la oficina de Doña María Fernández de Jáuregui, calle de Santo Domingo.

MIGUEL, Amando de (2016). *Don Quijote en la España de la reina Letizia*. Barcelona: Stella Maris.

MONTES, Jerónimo (1963). *El alma de don Quijote*. Madrid: Ediciones El Buen Consejo.

PAJARES, Nicasio (1930). *Don Quijote y Tío Sam. (Novela pseudohistórica y fantástica)*. Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.

PLATA, Fernando (2015). Ricote, un español fuera de España: identidad y espacios de libertad en Cervantes. *Hipogrifo*, 3 (2), 263-273.

RIERA, Carme (2005). *El Quijote desde el nacionalismo catalán, en torno al tercer centenario*. Barcelona: Destino.

STORM, Eric (1998). El tercer centenario del *Don Quijote* en 1905 y el nacionalismo español. *Hispania*, 58 (199), 625-654.

VILLAR, Alicia (2008). "Doquiera que estamos lloramos por España" (*Quijote*, II, 54). En Felipe Pedraza y Rafael González Cañal (coords.), *Con los pies en la tierra: Don Quijote en su marco geográfico e histórico* (pp. 183-194). Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha.

VIVAR, Francisco (2000). El ideal *pro patria mori* en *La Numancia* de Cervantes. *Cervantes*, 20 (2), 7-30.

II. Cervantes, España, Occidente

Harold Raley

Catedrático emérito, hispanista.

Al hablar del escritor clásico que fue Miguel de Cervantes evocamos viejos elogios consabidos y repetidos a través de los siglos: maestro de la lengua española, autor de la novela más leída de la literatura universal, figura a la vez heroica en su vida militar e inverosímil como escritor. Sabemos muchos datos de su vida pero acaso sin conocer a fondo la persona que fue—y es—Miguel de Cervantes. En todo caso, ¿qué más se puede decir de Cervantes que no se haya dicho antes? Tal vez mucho, y acaso lo más apropiado para nuestro tiempo.

Ser persona es poder ser más, dice el filósofo Julián Marías. Y no pone límites temporales a las posibilidades. Porque la persona—la que conocemos y la que vamos siendo—es una realidad inagotable, emergente, futuriza. Nosotros y las generaciones venideras somos y seremos personas en nuestro tiempo y desde nuestras circunstancias. Pero no termina donde terminan sus límites mortales e históricos. La realidad de la persona—bien lo señala Marías—es distinta de todas las demás. Es una creación que sigue revelando dimensiones creadoras. Al leer a un autor clásico—Cervantes, Shakespeare, Goethe, Dante, Horacio, Homero—lo interpretamos desde perspectivas acaso inaccesibles a personas de su propia época y de su misma cultura. En cada generación se plantea una relación modificada y desde distintos supuestos entre el clásico y los lectores.

Ser clásico es, en cierto modo, ser indiscutible; ya no se trata de preferencias personales sino transpersonales de una figura consagrada socialmente y más allá de controversias sobre méritos y defectos. Decir que no nos gusta un Cervantes o un Shakespeare sería equivalente a confesarnos socialmente deficientes.

Pero al consagrarse en ícono, el clásico también corre el riesgo de convertirse en estereotipo, sobre todo al cruzar las fronteras sociales y lingüísticas y empezar una existencia secundaria, por ejemplo, como un *Don Quichotte* francés o afrancesado o un *Don Quixote* americanizado. Suele ser el destino de Cervantes y su creación prototípica de Don Quijote. A falta de las circunstancias de su época y país, que no lo acompañan en sus peregrinaciones transnacionales, quedan, como el pez fuera

del agua, sus exageraciones grotescas y sin sentido aparente. Hubo una época—en tiempos del freudianismo extremado—en que se practicaba una especie de psicoanálisis con el motivo de explicar la supuesta locura de Don Quijote. Desde luego sin tener en cuenta que sobre muchos temas—los méritos comparativos de la literatura y la vida militar, por ejemplo—Don Quijote se expresa con una lucidez admirable. Se habla incansablemente de la locura de Don Quijote; hace falta hablar también de su cordura, la cual explica muchas cosas. El hace cosas inverosímiles, al menos en la opinión de otros, pero dice textualmente: “Yo sé quién soy.”

Pero si se trata en balde de comprender a don Quijote desde supuestos ajenos a su condición, resulta imposible imaginarse a España sin Cervantes, de acuerdo con la tesis de Julián Marías en su libro *Cervantes clave española* (1990). Incluso pudo no nacer Cervantes o haber nacido sin escribir su gran novela y otras cosas. Su vocación de escritor es inverosímil; no coincide cronológicamente con los autores de su época—Lope de Vega, por ejemplo—ni en casi nada se les parece a los otros escritores notables de su época. Volvió a España tras Lepanto y los cinco años de cautiverio en Argel, como reza el romance, “Viejo, viejo y florido”. Efectivamente ya viejo según las normas mortales de la época no se podía esperar mucho más de él. Acaso no hubiera sido concebible un Cervantes francés, italiano o alemán, pero uno de los secretos de España es que hizo posible a este Cervantes español inverosímil y a des-tiempo. Volveré luego sobre el tema para finalizar mis comentarios.

Con cuantas imprecisiones se quiera, es inevitable que el escritor o artista clásico, desde luego, los de la talla de Cervantes, surta su efecto en otras culturas, acaso de manera insospechada, en otros casos evidente. Flaubert, por ejemplo, confeso su admiración casi sin límites por Cervantes. Se ha dicho—y creo con acierto—que Madame Bovary es una contrapartida femenina de Don Quijote. Don Quijote sirvió de modelo para Dostoyevsky en su novela *El idiota*. Cervantes tuvo una resonancia extraordinaria en las letras inglesas. Un inglés, Thomas Shelton, fue el primer traductor de Don Quijote a otra lengua. Desde la temprana fecha de 1605 salió su traducción de la primera parte de *Don Quijote*; luego, en su momento, la segunda parte. Según la crítica, de las doce o trece traducciones al inglés, el *Don Quijote* de Shelton sigue siendo la mejor, la que más fielmente capta el espíritu del caballero improbable de Cervantes. Luego trataron el tema Henry Fielding, Tobias Smollett y otros escritores británicos. Parece inverosímil tanto interés en el tema de Don Quijote de parte de los enemigos tradicionales de España. Pero en el fondo y desde polos opuestos los ingleses y los españoles compartían visiones y pretensiones que superaban con mucho las de otras potencias europeas. Solo tenían un pie en Europa: el

otro—y con anterioridad de España—lo tenían puesto ya en tierras lejanas. Cabía en ambos países soñar con hazañas heroicas y quijotescas.

Fue en una de aquellas tierras de ultramar donde se arraigó de manera más firme el quijotismo. Me refiero a mi propio país: los Estados Unidos en el que el caballero manchego realizó una de sus máximas hazañas. No directamente, desde luego, sino de una manera subterránea como se puede verificar textualmente. Es un fenómeno que hasta la fecha ha pasado inadvertido para los estudiosos norteamericanos.

Se trata de John Adams, segundo presidente de la nueva república. Nunca popular y siempre eclipsado por la figura de George Washington, sirvió un solo plazo como presidente—1797-1801—y al querer repetir le ganó Thomas Jefferson, reconocido autor de la celebrada *Declaración de Independencia*.

Pero en muchos aspectos el verdadero arquitecto de la República fue Adams. Ante la indolencia de Jefferson que prefería la vida patricia en sus plantaciones de Virginia y la indiferencia de Benjamin Franklin que de preferencia residió muchos años en Francia e Inglaterra, países compatibles que le ofrecían más comodidades personales y recursos para sus estudios científicos, Adams recaudaba fondos y ayuda a base de esfuerzos incansables no solo en las colonias sino también en Francia y, sobre todo, en Los Países Bajos. Muchas veces andaba escaso de fondos personales y mal asalariado en todo caso, con frecuencia se encontraba en la necesidad de caminar a pie y hospedarse en lugares malsanos.

Abogado de vocación tras estudios realizados en Harvard y formado por sus estudios clásicos y aún más por su herencia religiosa puritana, Adams siempre llevaba un ejemplar de *Don Quijote* (probablemente la traducción de Thomas Shelton) y lo recomendaba con entusiasmo e insistencia a sus hijos y amigos. No hablaba español, pero viajó por el norte de España rumbo a Francia y conservó un grato recuerdo de la hospitalidad de los gallegos y cantábricos.

¿Cómo se explica este entusiasmo de Adams, un hombre de antecedentes culturales y religiosas aparentemente tan distintos de los de Cervantes? Creo que las diferencias —aunque reales—quedan superadas por afinidades superiores. Aboga Adams sobre todas las cosas por la libertad y la dignidad inherente del hombre, de todos los hombres de todas las condiciones. Por lo tanto, no es menos el fervor correspondiente con que se opone al envilecimiento del hombre, especialmente la esclavitud. No deja de reprochar a Jefferson el que fuera dueño de docenas

de esclavos en sus plantaciones, eso fue motivo de una ruptura en la amistad entre el puritano de Massachusetts y el latifundista millonario de Virginia que duró muchos años. El que el autor de la *Declaración de Independencia*, la cual proclama la igualdad de los hombres, sea esclavista en su vida privada—lo mismo que Washington—es una de las máximas paradojas de la historia americana.

En la gran novela de Cervantes, Adams dispone de un manual de defensa de los derechos humanos. No es que Adams se parezca en lo físico ni a Cervantes ni a su caballero andante, sino acaso más bien a Sancho Panza. Era un hombre bajo, algo corpulento, con facciones irregulares, todo lo contrario de Washington y Jefferson, hombres altos y de modales aristocráticos.

De alma noble e insobornable, Adams se daba cuenta de que la causa americana podría terminar en una derrota desastrosa. Pero creía que la posibilidad de triunfo era ya una realidad y por tanto un aliciente. Era improbable el triunfo de América y Adams lo sabía mejor que nadie, dada la intransigencia e indiferencia con que le trataban las grandes potencias europeas. Pero la derrota—bien lo ve en *Don Quijote*—no era motivo de desesperación. Por momentos el mismo Washington creía inevitable la derrota. Grande fue la sorpresa de todos—estupor en Londres—cuando inesperadamente los americanos con sus aliados franceses—y españoles, como se suele olvidar—vencieron al ejército del imperio más poderoso del mundo. Adams vio la intervención divina en el destino de América. De todos modos, armado de su *Quijote* y su fe puritana, combinación inverosímil, Adams no se rindió nunca a pesar de malas noticias, ataques personales y la mar de pesimistas, traidores, espías y enemigos.

No fue total la victoria. Adams no pudo eliminar por acto constitucional la esclavitud como deseaba, pero con palabras oraculares decía que día vendría cuando le iba a costar gravemente a la joven república rectificar aquel horrendo error. Y así fue en la Guerra Civil, la más sangrienta del país, ochenta años más tarde.

Decía arriba que Cervantes pudo no nacer, o nacido pudo no escribir. Cervantes tenía varias trayectorias; probó algunas: las armas y las letras; otras: la petición de pasar a las Indias o conseguir otro oficio no prosperaron. Pero de todas formas hubo y hay el Cervantes que todo el mundo estudia, aprecia e interpreta. Y esto quiere decir que es inconcebible una España sin él. Pero esto nos deja con una pregunta que por suerte no nos incumbe contestar definitivamente: como componente de la realidad española, ¿qué o quién es Cervantes? Cada generación, incluso la

nuestra, lo comprende e interpreta forzosamente desde su propia perspectiva. Repito que Cervantes es una persona, y ser persona es ser una realidad distinta de todas las demás. Todo lo humano es más de lo que aparenta. Por lo tanto, no solo pertenece a una determinada época y generación, sino también a la nuestra y otras venideras. Los clásicos personifican el carácter perdurable de esa extraña creación transtemporal que vamos siendo: personas.

III. La visión cervantina de Julián Marías

Helio Carpintero

Academia de Psicología de España

La vida española atraviesa una formidable crisis. La llegada de un virus desde Oriente, que está sacudiendo al mundo entero, ha venido acompañada de unos remedios sociales de aislamiento y confinamiento que han producido tremendos problemas en la economía nacional. Y, por si eso no bastara, se ha desencadenado un movimiento político de crítica y rechazo al régimen político generado durante la Transición, que amenaza con desestabilizar el país.

Ante semejante horizonte son muchos los que sienten la necesidad de volver a revivir las raíces personales, las que enlazan con una realidad nacional común de cuyos valores se han ido formando las personalidades respectivas. Como país, ¿adónde vamos? Resurgen las preguntas, ya repetidas en nuestra historia reciente, acerca de nuestro ser y nuestro existir.

Hace unos años, uno de los espíritus más hondamente impregnados de saber, de pasión y preocupación por España, el filósofo Julián Marías, propuso que se tomara la figura de Miguel de Cervantes y la enseñanza de su literatura como una vía para iluminar el sentido de la realidad histórica de España. Cervantes, dijo Marías, es “clave”, una pieza capital para la comprensión de España (Marías, 2003, 20).

Se vivía así una experiencia semejante a otra ya vivida a comienzos del siglo pasado, cuando una crisis profunda envolvió a nuestro país tras la pérdida del mundo colonial y el llamado “desastre del 98”.

Queríamos comprender cómo ha alcanzado Marías a ver lo que entiende que es una esencial conexión entre el quijotismo, el cervantismo y la realidad nacional española. Ha dicho, en efecto, que “Cervantes y la España en que vivió —y no sólo ésta— son inseparables y se esclarecen mutuamente” (Marías, 2003, 265). Este filósofo, continuador en gran medida de las reflexiones e ideas que mantuvieron a comienzos del siglo pasado sus maestros Unamuno y Ortega, ha sido una figura crítica y distante del mundo oficial académico del franquismo, que ha hecho su vida como escritor, y profesor fuera de España, siempre movido por una personal preocupación por la realidad de su patria.

En la cuestión que nos ocupa, su obra significa en gran medida la revalidación de las enseñanzas de sus maestros. El, al igual que éstos hicieran antes, ha afirmado que Cervantes y el Quijote representan una «vía regia» por la que acercarse a la consideración intelectual del problema español. También él, como antes aquéllos, lleva a cabo una reflexión que se levanta desde una filosofía de la vida humana, que va movida al tiempo por una profunda inquietud ligada al «problema de España». Este problema, como lo definió hace años Pedro Laín Entralgo, consistiría en “la dramática inhabilidad” de hacer de España un país justo y solidario (Laín, 1962, xi), con un proyecto colectivo de existencia, y con una superación de todas las tentaciones separatistas, o como dijo Ortega, de la tentación del ‘particularismo’ (Ortega, 2004, III, 452ss.) –la anteposición de los intereses particulares a los colectivos del bien común–.

En horas de crisis la figura cervantina, de alcance universal, resulta evocada naturalmente en los espíritus, a cuya memoria especialmente vuelven aquellas otras de exaltación, de logro y perfección, ahora envueltas en una nube de melancolía. Recordemos, como ejemplos a tener en cuenta, las revisiones que sobre la persona y obra de Cervantes hicieron en su día Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset.

Unamuno y Ortega ante Cervantes y el Quijote

Nuestros dos grandes pensadores del siglo XX, Unamuno y Ortega, hicieron del “Quijote” y de su autor temas de su reflexión, buscando iluminar el sentido del ‘ser español’ que radicalmente les preocupaba.

Comencemos por el primero de ambos. Don Miguel de Unamuno publica en 1905 su *Vida de Don Quijote y Sancho*. En este libro confiesa que busca explicitar una auténtica filosofía española, que estaría contenida en esa novela. “¿Hay una filosofía española? Sí; la de Don Quijote” (Unamuno, 1914, 419). Se trataría de una doctrina en que estaría contenido todo un impulso de regeneración social: “Sigue a la estrella. Y haz como el Caballero: endereza el entuerto que se te ponga delante. Ahora lo de ahora, y aquí lo de aquí.” (Unamuno, 1914, 19). Aquí el regeneracionismo y el impulso del 98 ya se han convertido en un verdadero programa de renovación moral personal y nacional.

Se cuenta con la intervención de los dos impulsos básicos que han de guiar la vida humana, y que, según nos dice, son los mismos que han movido a Don Quijote en sus hazañas: *el amor al ideal, y el afán de eternidad*. Unamuno proyecta en Don Quijote su inquietud personal de pervivencia, tras descubrir la unicidad de mi yo:

—“¡No hay otro yo en el mundo! Cada cual de nosotros es absoluto” (Id., 1914, 433). Somos una pieza única en el universo, y sobre cada uno de nosotros gravitan dos exigencias: la de saber “*quién se quiere ser...*”, y la de saber qué se quiere ser para siempre, pues “en mí se resume una eternidad de pasado y de mí arranca una eternidad de porvenir” (Ibidem). El impulso procede de un esencial afán de perpetuarse por las obras, así como de una exigencia de renovación nacional. Y surge la pregunta que condensa ese quijotismo, ahora elevado al nivel de la colectividad social: “¿Es que no hay un alma de España tan inmortal como el alma de cada uno de sus hijos?” (Id., 1914, 418).

A Unamuno lo que verdaderamente importa aquí es “Don Quijote”, su ideal de fama, su entrega a la reforma de injusticias y desmanes, su conversión en modelo para la nación desarbolada por la crisis del 98. En cambio, no interesa Cervantes, que no le vale como modelo para esa empresa. Es el personaje literario el que brilla mediante su lucha por el ideal; es el que comunica energías a quienes a él se acercan, y es ese personaje el que atrae a quienes lo leen y lo conocen, siendo una ‘realidad’ que actúa sobre ellos—es una realidad, dice Unamuno, pues considera que “real” es lo que actúa y opera. Eso es lo que le lleva a mantener la superioridad del personaje frente a quien fuera su autor, e incluso llega a decir, como es bien sabido, que hubiera preferido que la novela fuera una “obra anónima... como el Romancero” (Unamuno, 1966, 1235). Era esa posible alma de España inmortal, esa idealidad de valor, lo que creía que era preciso reafirmar y consolidar. Recordemos, en suma, que terminará por llamar a ese libro la “Biblia nacional de la religión patriótica de España” (Unamuno, 1966, 1231) que generará una renovación moral nacional. Con eso está dicho todo.

Ortega

Frente a la versión unamuniana, se levanta con peculiares rasgos la visión de Ortega, tal vez incitada y espoleada por aquella. Recordaré primero los sentimientos encontrados de amor y odio que el libro de Unamuno sobre el “Quijote” produjo en el joven Ortega, y que han aparecido recogidos en las cartas que este escribió desde Leipzig a su amigo Francisco Navarro Ledesma, gran biógrafo cervantista, en 1905, poco antes de la muerte repentina de este último. Expresa sentimientos encontrados. Admite que “casi todas las ideas de dicha obra me parecen bien, tanto que en un ensayo que por vía de ensayo había yo aquí compuesto y terminado no hace aún una semana, se hallan casi todas; pero... no tiene la caridad de ofrecer el camino... porque se llegue a ellas, de suerte que no creo lo entiendan”. Y dice de modo aún más terminante y duro: “Ha tenido el secreto de hacer sobre el libro más simpático

(en sentido científico) del universo, el libro más antipático y repelente de la tierra...». Y termina: “Esto es el libro: la obra de un energúmeno” (Ortega, 1991, 592). [El ensayo a que ahí se alude podría tal vez ser “Ideología quijotesca. El manifiesto de Marcela”, artículo de 1905 publicado póstumamente (Ortega, 2004, VII, 28 ss.)], sobre la figura singular de la pastora y su inalienable libertad.

Poco después, en 1914 —en sus *Meditaciones del Quijote*— Ortega dirá que Cervantes es “una plenitud española” (Ortega, 2004, I, 793). Y añade que es “una de las experiencias esenciales” del mundo hispano, y que “si supiéramos ... en qué consiste ... la manera cervantina de acercarse a las cosas... bastaría con que prolongáramos sus líneas sobre los demás problemas colectivos para que despertáramos a nueva vida” (Ibidem).

Por eso ha propuesto en este su primer libro que “concentremos en el *Quijote* la magna pregunta: “Dios mío, ¿qué es España?” (Idem, 791). Y dice, además, que ese ensayo de salvación se podría hacer si hubiera “coraje y genio” (Idem, 793).

Ortega rechaza los varios intentos para simplificar el mensaje de la novela cervantina y desmontar esa armoniosa creación. Mientras unos “nos proponen que no seamos Quijotes, otros... nos invitan a una existencia absurda, llena de ademanes congestionados”. Esas dos propuestas, dice Ortega, coinciden en olvidar que Cervantes, a su juicio, habría venido “a poner nuestro ánimo más allá de ese dualismo” (Idem, 760-761), la excitación y la pasividad.

Entre Unamuno y Ortega media una distancia que se visualiza bien en sus respectivas inclinaciones, la del primero al quijotismo, y la del segundo al cervantismo. Unamuno explora en “Don Quijote” la índole de la persona, su tensión hacia el ideal y su afán de perduración más allá de la muerte (Unamuno, 1914). Por su lado, Ortega, al tiempo que iba a interpretar la vida humana desde el modelo del heroísmo, como proyecto de autorrealización personal, iba ahí a conjugar las dos dimensiones de materialidad e idealidad que lo hacen posible. El yo que uno quiere ser encuentra alrededor resistencias para lograrlo. Y va a ser justamente su análisis de la vida humana, del yo en su circunstancia, lo que traslada al nivel de la filosofía el drama que en don Quijote se expresa, ya que quiere ser caballero andante en un mundo donde estos tales han desaparecido, donde ese ideal ya no encaja en la sociedad real.

Cervantes, visto por Marías

En ese punto, volviendo sobre Don Quijote y Cervantes, a partir de un profundo análisis de las *Meditaciones del Quijote* de su maestro Ortega, Julián Marías va a sumarse a esta cadena de interpretaciones, con una primera esquemática visión:

“Don Quijote, que es real, que pertenece íntegramente a la realidad, incluye en esta su indómita voluntad, y ésta es una voluntad de aventura; es una *naturaleza fronteriza*, y en ella se manifiesta la condición misma del hombre” (Marías, 1957, XXVII).

Los estudios sobre la vida humana, pues, serían desde esta perspectiva capítulos sucesivos de esa hermenéutica del “Quijote”, convertido no solo en Biblia de españolismo, sino en talismán para ver la vida humana, que es la esencia de la *novela*.

Dentro de ese marco de coordenadas, se localiza su interés y preocupación por el sentido y la obra de Cervantes. Su reflexión vendría a tener como ejes, de un lado, la filosofía de la vida, y de otra, la realidad histórica de España. Dentro de ese espacio ideal, vamos a considerar sus distintas aportaciones.

Sus principales contribuciones al tema que nos ocupa son las siguientes:

(Dejaremos a un lado, el artículo sobre Cervantes en el *Diccionario de Literatura Española* (1949); el artículo de 1953 sobre “La pertinencia de “El Curioso Impertinente”; el artículo de 1955 sobre la figura de Sancho, y la imagen que éste tiene de Don Quijote; son demasiado específicos para nuestro propósito). Tenemos, pues:

- 1) En 1957, su comentario a las *Meditaciones del Quijote*, (Marías, 1957). Ese estudio le obliga a tener presente una y otra vez el libro cervantino para contrastar las diversas tesis orteguianas que se hallan en dicho libro.
- 2) En 1966 encontramos ya una primera síntesis de sus reflexiones sobre el tema en su largo ensayo “El español Cervantes y la España cervantina” (Marías, 2000, 53 ss.), junto a una nota breve sobre “una visión cristiana del *Quijote*” (Obras, VII, 608 ss.).
- 3) Y ya en 1975 propone una interpretación novedosa de las peculiaridades de la figura de Cervantes partiendo de la aplicación del esquema de la teoría de las generaciones: «Cervantes y las generaciones” (Marías, 1975, 9 ss.).

4) Finalmente, en 1990, su prolongado trato y reflexión sobre Cervantes y su mundo termina por desembocar en un libro, *Cervantes, clave española*, donde todos los apuntes y visiones precedentes reciben integración. En él lleva a término la conciliación de su línea de reflexión española, la que aparece recogida en *España inteligible* (Marías, 1985), y todas sus otras consideraciones sobre el Quijote y la filosofía de la vida humana. Así culminan las reflexiones precedentes, esparcidas a lo largo de cuarenta años.

A mi juicio, el curso de su pensamiento ha seguido una cierta trayectoria ideal relativamente fácil de definir. Habría ido desde una primera consideración del libro en sí a un subsiguiente acercamiento intelectual a su autor y a su circunstancia, la España cervantina; de ahí habría pasado a establecer una serie de conexiones de todo ello con la España de nuestros días.

En todos esos trabajos se manifiesta una profunda coherencia con las reflexiones de sus maestros Unamuno y Ortega, junto a una extremada "simpatía" hacia la figura de Cervantes. Hay sin duda visiones y doctrinas personales, aunque asume muchas de las entrevisiones y hallazgos realizados por sus maestros, Ahora bien, para dar alguna precisión a estas ideas, convendrá que recordemos "desde dónde" opera, en general, el pensamiento de Marías. Y eso quiere decir, que hay que tener presente en cifra el núcleo de ese pensamiento, esto es, la concepción filosófica desde la que la totalidad de su obra está pensada.

La filosofía de la vida humana

Es bien sabido que el pensamiento de Marías se halla fundado básicamente en la concepción filosófica de Ortega, centrada en la reflexión y análisis de la vida humana como realidad fundante de la totalidad de la experiencia. Ciertamente, a ese sistema de ideas le ha hecho adiciones relevantes, pero no es menos cierto su coincidencia con su maestro en relación con esa filosofía de la vida, hacia la cual manifiesta una fidelidad creadora.

La filosofía aspira a lograr un saber o certidumbre acerca de una realidad radical o *arkhé*, que se muestre como fundamento de las demás realidades. En la historia del pensamiento se han sucedido distintas propuestas acerca de ella. Para unos ha sido "el ser", para otros "la conciencia", y aquí es justamente la vida humana, o mejor, «mi vida», aquella realidad precisa en donde toda otra realidad ha

de aparecérsenos para ser tenida como tal. La cual consiste, precisamente, en aquella estructura dinámica que formamos «yo y mi circunstancia». No es una entidad biológica, ni tampoco una cosa o sustancia, sino un «drama», un proceso, o, como dice Marías en algunas ocasiones, es la “organización real de la realidad” (Marías, 1954, ss., II, 401). Precisamente “yo soy yo y mi circunstancia” es justo la tesis que ya aparecía en las *Meditaciones del Quijote*. Me es dada mi vida, pero no hecha; yo me hallo forzado a construir mi realidad personal con mi circunstancia, interpretando desde mi vida aquello que me rodea, y también a mí mismo, imaginando el quién que quiero ser; de ese modo también es mi vida el instrumento que hace posible la comprensión de la realidad. La vida da razón de lo real al hacerlo funcionar dentro de ella; es lo que Ortega y Marías llaman la «razón vital», que encuentra expresión justamente en la narración. Al narrar lo que acontece en mi vida voy comprendiendo sus contenidos y elementos, así como los proyectos del quien que soy yo, o mejor, quiero ser.

Se abre, pues, una vía para acercarse a la índole de la vida humana a través del género literario que consiste en narración, aquel que descubriera Cervantes, y que explorara Ortega en sus *Meditaciones del Quijote*, es decir, en su reflexión acerca de la vida humana a través de la novela.

Precisamente, la idea de Marías de que la novela es un “método de conocimiento”, (Marías, 1954ss., V, 481 sigs.), aparece ya formulada en el conjunto de sus reflexiones sobre la obra de Unamuno, vista ya en su relación con la vida humana.

Desde estas bases conceptuales es desde donde iba a llevar a cabo su exploración del mundo cervantino, una exploración filosófica que se atiene pulcramente a la realidad novelística de su objeto. Convendrá, pues, que ahora nos preguntemos: ¿Cómo ve representada la vida en la novela de Cervantes?

La novela de Cervantes, espejo de la vida humana

Marías ha llevado a cabo lo que cabría entender como una ampliación en profundidad de las ideas de sus maestros. En efecto, considera que en el “Quijote” se nos presenta todo un mundo preciso y concreto en el que se muestra la vida humana como la realización inequívoca de un proyecto vital en una situación. Su protagonista va movido por una radical vocación, la de ser “caballero andante”, a semejanza de los héroes de los libros de su biblioteca, que son sus modelos y su término último de referencia. Y el mundo se ordena y cobra sentido, *lógos*, precisamente como marco y espacio en que semejante proyecto busca realizarse, y lo hace

facilitando o dificultando la realización del mismo. Así, “el hombre personaliza y mundifica, convierte en mundo la mera circunstancia, al proyectar sobre ella sus proyectos y así humanizarla” (Marías, 2003, 214 s.).

El modo como se articulan mundo y proyecto se pone de manifiesto de modo paradigmático, en el campo de Montiel, donde Don Quijote encuentra unos molinos que se le aparecen como gigantes, mientras Sancho contempla molinos, al tiempo que entiende que su señor en cambio los toma por gigantes. ¿Cuál es la realidad, cuando Don Quijote encuentra gigantes, y Sancho molinos? En la construcción de la realidad en torno, se combinan materialidad y proyecto ideal del sujeto que vive la situación. Ahí se ve que la realidad es funcional: es y se objetiva y manifiesta ante alguien y para ese alguien, aunque luego esas vivencias hagan posible la comunicación de sus respectivas circunstancias. Esto es lo que pone en evidencia la narración cervantina, en la que se entienden el caballero y el escudero a pesar de sus visiones aparentemente incompatibles.

Vemos el mundo desde un proyecto que da sentido compatible a nuestras percepciones. Pero éstas son variables y falibles, como sabe don Quijote: puede cambiarlas “el sabio Frestón”, como piensa el caballero, un ser que resulta ser un antecedente del “Genio maligno” de las *Meditaciones metafísicas* de Descartes (*Meditaciones Metafísicas 2ª*; Descartes, sa. 160 ss.) que ‘emplea toda su industria en engañarle’.

En esa narración de la novela se da, pues, razón a la vez de los gigantes y de los molinos, y con ello se entienden sus respectivas conductas, del héroe y del escudero, al tiempo que se las integra. Los héroes del Quijote, como en alguna medida todos los hombres, transitan por un mundo en donde se combinan irrealidad y realidad en vario grado. Ahí se descubre el choque esencial entre materialidad e idealidad que se da en la vida humana, y que ya atrajo en su día la atención de Ortega.

Los héroes del Quijote transitan por un mundo donde se combinan irrealidad y realidad. Unas veces es de modo puramente ingenuo y directo; otras, resultado de ficciones y bromas —como las historias de los duques y la Insula Barataria. Marías ha visto además con finura que Don Quijote es, en gran medida, un tipo que viene de la ficción en cuanto tal. En efecto Alonso Quijano se interpreta como Don Quijote en virtud de la fuerza enorme de la literatura de caballerías que ha venido a ser fundamento de su quién personal. Además, Sancho llega a entender lo que significa ser un caballero andante, porque entiende «quién» es Don Quijote, y porque quiere que siga emprendiendo aventuras para seguir siendo su escudero. “Es él ahora quien sabe quién es Don Quijote, porque sólo así puede ser él quien es... si no,

¿cómo va a ser Sancho Panza..., el Escudero?" (Marías, O, VI, 548-549). Sus mundos, pues, comunican, y en gran medida, su amo circula por la España del siglo XVII gracias a la visión complementaria de Sancho que le dan un contrapunto.

Sobre el quijotismo

En la novela, en el continuo diálogo que mantiene el personaje con su mundo en torno, todo va cobrando un sentido, esto es, se produce la «salvación» de la circunstancia, y a la par se va constituyendo y consolidando el «quién» de Don Quijote con una personalidad definida. Esta mantiene una actitud sumamente definida ante la existencia, que es lo que se ha dado en denominar «quijotismo». Los diccionarios, tienden a conceptualizar esa actitud de un modo bastante crítico. Para el de la Real Academia Española, esa actitud es la propia de quien tiene "exageración en los sentimientos caballerescos", y el de María Moliner, que organiza la significación en torno al nombre de Quijote, añade que se aplica este "nombre calificativo a la persona que está siempre dispuesta a intervenir en asuntos que no le atañen, en defensa de la justicia". Y, añade: "Generalmente no se emplea con sentido admirativo, y puede tenerlo despectivo. V. *entrometerse*". Nótese, pues, la reacción genérica de nuestro pueblo ante quien aspira a ser defensor a ultranza de la justicia en nuestra sociedad.

Algunos incluso han leído ahí la existencia de un gran hecho diferencial entre el hombre castellano y el catalán, que justificaría su separación radical, dado que aquel es quijotesco, con 'falta de solidez y exuberancia de palabras, generalizador sin observaciones ni estudio, mientras que el segundo sería, en cambio, observador y práctico, atento siempre a lo concreto del mundo en torno (Almirall, 1994).

Sin embargo, a lo largo de esas páginas, se ve que el sentido que el caballero va dando a su existencia, a través de sus aventuras, es la plena fidelidad, el exquisito cumplimiento de su vocación de caballero andante. Los caballeros andantes, explicará Don Quijote, procuran recuperar el mundo de la Edad Dorada, dedicados como están a "defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y menesterosos..." (Quijote, 1, XI). Y lo que evidentemente sucede es que el éxito no es el factor decisivo que mueve a emprender tales acciones; el motor es la justicia y razón que hay que hacer triunfar y consolidar por encima de todo. Ahí parece estar el *quid* del «quijotismo».

Pero Marías encuentra esa respuesta excesivamente simple. Porque lo que Cervantes ha dejado es una lección viva de vida, y esta no es otra cosa que la libre aceptación de un proyecto de ser en un mundo en el que hay que existir realizándolo

en un aquí y un ahora, un tiempo y una historia. Ahora bien, el héroe de su novela comienza por que “está loco”. Y ¿cómo ha de entenderse esa locura? Nuestro filósofo sigue diciendo: “Ejerce violencia sobre la circunstancia, no la acepta ni reconoce. Sustituye la realidad por sus deseos... En esto consiste la locura de don Quijote, en tomar como realidad lo que es irreal, sustituir lo que percibe por lo que imagina, desea o quiere que haya.” Y añade: “Habría que añadir que la locura de don Quijote era una *locura consentida*... Don Quijote consiente a su locura, la abraza, en alguna medida la elige, y en este sentido se podría decir con Unamuno, que «se hace el loco»”(Marías, 2003, 185-6).

Su aceptación no procede de la conveniencia ni de la utilidad que ese proyecto pueda generar, sino de su afán de dar cuerpo y carne a una imagen idealizada del héroe de los libros de caballería, con los que continuamente se compara a sí mismo, y que no tiene adecuación ni ajuste a la circunstancia en que se halla situado. Ese radical desajuste con el mundo relumbra en las vivencias del caballero, cuando afirma, melancólico, que “yo hasta ahora no sé lo que conquistó a fuerza de mis trabajos” (DQ, II, cap. LVIII).

El cumplimiento de la vocación se va ejecutando en un mundo concreto. Pero es esencial que se distinga entre lo dado y lo imaginado. Cervantes ha mostrado en innumerables pasajes, y paradigmáticamente en la historia del retablo de Maese Pedro, que en el caballero percepción e imaginación están patológicamente entrelazadas e indiferenciadas, y que el mundo imaginado se superpone con fuerza sobre el dado por los sentidos. Los valores y deseos que dominan sus acciones van en la dirección de los ideales enérgicos de la justicia y la libertad; pero su correspondencia con la situación real vivida es propia de un enloquecimiento sin control, pero a la vez, históricamente situado.

Marías cree que ese mundo en que todas esas cosas se representan es, precisamente, la España del siglo XVI, es decir, la España de Cervantes. Y por ahí llega a pensar que lo que en el Quijote acontece, lo que tenemos en sus páginas presente ante nuestros ojos, es precisamente algo aún más complejo y global. No se trata sin más del mundo y circunstancia de don Quijote de la Mancha; lo que va a encontrarse en la admirable novela es lo que cabe llamar “la *reabsorción de la circunstancia de Cervantes*” (Marías, 2003, 218). De esto se trata, a su juicio: de la reabsorción, es decir, de la comprensión y clarificación que lleva a cabo Miguel de Cervantes de la España de la segunda mitad del siglo XVI y primera mitad del XVII, esa España del Siglo de Oro, que tantas luces y sombras ha dejado en la entraña de la historia posterior española.

Cervantes y la España cervantina

¿Cómo ve Marías la España en que vivió Cervantes?

Una de las empresas intelectuales más significativas de Marías ha sido su intento de reconstrucción intelectual de la trayectoria histórica de España, que culmina en su libro *España inteligible* (1985). Dentro de ese amplio proyecto genérico, la comprensión de la España cervantina es un momento esencial, aunque limitado. ¿Con qué rasgos ha acertado a describirla?

En el libro mencionado, hay algunas notas de singular interés. Se fija en la fecha de 1559, año en que tienen lugar “tres hechos significativos”: la prohibición de estudiar en universidades extranjeras –salvo Bolonia, Coimbra, y alguna más–, la edición del índice de libros prohibidos por el Inquisidor general, y el proceso contra fray Bartolomé de Carranza. Y comenta: eso es “el primer gesto de retracción de España” de la esfera internacional europea. Ello no significa que se retrajera efectivamente, pero sí es un “gesto de retracción”. Y añade: “España sigue estando en todas partes y en todos los órdenes”: Lepanto, la Armada invencible, la consolidación de la organización americana, la colonización de Filipinas... Y, además, el Siglo de Oro de las artes y las letras... (Marías, 1985, 239-40).

Vista en conjunto, esa enorme empresa histórica tiene, a su juicio, algunas notas distintivas: una es la de la «grandeza, la magnitud de España, que no era — “intraeuropea” sino “transeuropea” — (Marías, 2003, 116). Otra es la afirmación del cristianismo, y del europeísmo, frente al islamismo al que con la reconquista medieval se logró detener y rechazar.

Como ha dicho coincidentemente Ayala, “España acometió la empresa gigantesca de la Contrarreforma dirigida a restaurar ... el imperio del Espíritu sobre el de la Razón. El fracaso de esta empresa la convierte en la primera empresa quijotesca de España” (Ayala, 1974, 18-19). La imagen del hidalgo manchego, voluntarioso y fracasado, viene a simbolizar de algún modo aquellos otros proyectos nacionales sin demasiada fortuna, que se creían justificados en base a su radical moralidad, pero que representan fracasos políticos objetivamente considerados. La obra de Cervantes, y en particular su *Don Quijote*, se halla en clara sintonía con su patria.

El núcleo de sentido en todos estos casos vendría a estar en esa convicción de que lo moral se sobrepone a lo utilitario, y la ética se sobrepone a la política. Hay aquí un primado de la moralidad sobre todo tipo de practicismo.

Marías se ha decantado en múltiples ocasiones y lugares por una consideración limitativa y restrictiva del fracaso español. En ese horizonte histórico, Cervantes se habría interpretado a sí mismo como radicalmente español, un hombre que estima sobremanera la libertad en todas sus formas —la vida libre de Italia, la libertad soñada en Argel, la libertad de los caminos frente al espacio limitado de las posadas, y que se procura una existencia auténtica, donde cada uno debe ser quien se forje su ventura “*tú mismo te has forjado tu ventura*” (id., 2003, 130).

En suma, cabría decir que, si bien los maestros de Marías habían ya venido subrayando la importancia que en Cervantes en su mundo quijotesco tenía la consideración de la vida como esfuerzo, como libertad y como autorrealización, su discípulo, dando un paso adelante, ha aspirado a mostrar que esos principios que han inspirado su propia vida han sido también importantes en la sociedad española moderna, más atenta a los principios de moralidad que a los resultados de un practicismo utilitario.

La perspectiva española de Marías

Al término de estas reflexiones, parece que podemos comprender el núcleo último de la visión de la obra cervantina que nos propone Marías. En diversos momentos de su obra, Cervantes ha ido dejando inconfundibles huellas de su manera de ver el mundo, de: “la amplitud de la visión, la multitud de experiencias de vida... y por otra parte la autenticidad, la veracidad, la coherencia interna...” con que asumió su vivir (Marías, 2003, 276).

La lección que Marías ha leído en esta historia viene a quedar expresada en aquella moral personal que impera la realización de una vida auténtica, con independencia del éxito que pueda luego o no coronarla. Esa moral viene sin duda expresada en aquellas palabras con que Don Quijote declaró su personal afirmación contra cualquier genio maligno que pudiera querer confundirle en su proyecto personal: “podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible” (Quijote., II, cap. XVII). Nótese que esa tesis puede ponerse en estricto paralelismo con la que llevó a Descartes a hacer frente a un análogo genio maligno, “un geniecillo en extremo poderoso ...maligno y astuto que (se) dedica ...a engañarme” (Descartes, sa., 160 ss.). El filósofo descubrió que “yo soy, existo, esto es cierto... todo el tiempo que dure mi pensar”, porque “yo no soy... sino una cosa que piensa” (Ibidem) y hay una inmediatez absoluta entre el pensar y su sujeto, que excluye todo posible error. Por su parte, Don Quijote no se ve a sí mismo como “cosa

que piensa”, pero en cambio sí se concibe y se siente como “ser que quiere y se esfuerza”, con un ánimo y una voluntad, es decir, un fondo de su ser, que los encantadores no le podrán quitar. Aquí la inmediatez se da entre el sujeto y su esfuerzo voluntario; se siente ser alguien que es radicalmente libre, que trata de ser y que se esfuerza, siempre guiado por lo que su sentir le dice, por su propio y singularísimo gusto –como recogen aquellos dos versos esenciales a los que Marías vuelve en muchas ocasiones–, por el saber que encierran:

“Y he de llevar mi libertad en peso

Sobre los propios hombros de mi gusto” (en Marías, 2003, 113).

(Ese paralelismo en torno al último fondo del ser del hombre, entre Descartes y Cervantes, uno reposando sobre el conocimiento, el otro sobre la voluntad, y en ambos casos con la común superación radical de cualquier posible genio encantador y maligno, requeriría él solo un ensayo por sí mismo, al que ahora aquí hay que renunciar).

Lo importante es que ese fondo radical y clarificador del ser humano, y aún más precisamente de su yo, al que da Don Quijote expresión reflexiva en medio de sus fatigas, va acompañado de una visión igualmente honda y lúcida de su mundo o circunstancia, esto es, de la España del siglo XVII. En el *Quijote*, dice Marías, “acontece la *reabsorción de la circunstancia de Cervantes*. Aparece toda su vida: Valladolid, Madrid, Sevilla y toda Andalucía, Italia, Lepanto, Argel, la Mancha, todo lo que Cervantes hizo y le pasó, poseído, reabsorbido, hecho transparente en el *Quijote*”. (Marías, 2003, 218). Es “la experiencia de la vida que ha acumulado Cervantes... pero no es su biografía, es su vida” (Idem, 219). Y esa experiencia es lo que da la claridad y transparencia a la vida, pues, como nuestro filósofo dice, “la experiencia de la vida es, si no me equivoco, la forma no teórica de la razón vital” (Marías, 1954ss., VII, 653-4).

Lo que alcanza Marías a ver, singularmente en el *Quijote*, pero también complementariamente en el resto de la obra cervantina, es que en ella la vida humana, en un mundo perfectamente definido por sus realidades y por sus fantasías como lo es el que en aquella novela sin par se nos muestra, ha logrado una singular claridad, y visibilidad. Habría, pues, una esencial conexión entre el quijotismo, el cervantismo y la realidad nacional española. “Cervantes y la España en que vivió –no sólo ésta– son inseparables y se esclarecen mutuamente” (Marías, 2003, 265). Desde un proyecto de existencia particularmente transparente, el quijotismo, que se pone en juego en un mundo histórico definido contra el que aquel proyecto una y otra vez choca

—la España del siglo XVI—, se actualiza toda la experiencia de la vida acumulada por el autor del libro, Miguel de Cervantes, con su biografía, su personalidad, su azarosa vida de insegura ventura, y con ello, piensa Marías, habrá que reconocer y admitir que Cervantes ha sido y es una “clave española”, es decir, un elemento indispensable a la hora de pensar y entender la realidad de España.

Conclusión

Esta visión, a mi juicio, parece venir a reafirmar, a su modo y con sus propios argumentos, la inicial tesis de su maestro Ortega, según la cual Cervantes vendría a representar “una plenitud española”, (Ortega, 1914, 134), si bien plenitud de no poca complejidad. Estaríamos ahí ante una idea de la vida personal basada en la libertad, la propositividad y la exigencia de vida auténtica, por encima de todo utilitarismo individual y social.

Por eso, al volver los ojos al *Quijote*, se abre una vía para adquirir fuerza moral, con la cual cumplir con aquellos fines a los que todo hombre, de algún modo, está abierto, fines de los que Marías dice “que no nos van a traer cuenta, y que nadie, tal vez nadie, nos va nunca a agradecer», pero que se nos presentan irremediablemente como metas exigidas por nuestro propio proyecto y por nuestra más profunda mismidad personal, y ante los cuales surge siempre la tentación de volver la espalda, asumiendo tal vez sin saberlo la grave carga de la inautenticidad.

OBRAS CITADAS

ALMIRALL, V. (1994) *Lo catalanisme*, 2ª ed. Barcelona, Edicions 62.

AYALA, F. (1974) *Cervantes y Quevedo*, Barcelona, Seix y Barral.

CARPINTERO, H. (2002) Cervantes y *El Quijote* en la visión de Julián Marías, *Anales de la R.Academia de CC. Morales y Políticas*, 84, 503-526.

- (2008) *Julián Marías. Una vida en la verdad*, Madrid, Biblioteca Nueva.

DESCARTES, R. (s.a.) *Discurso del método y Meditaciones metafísicas*, ed. M.García Morente, Madrid, Jimenez Fraud editor.

LAÍN, P. (1962) *España como problema*, 3 ed. Madrid, Aguilar.

MARÍAS, J. (1954 ss.) *Obras*, Madrid, Revista de Occidente, vols. I-X.

- (1957) Comentario, en J.Ortega y Gass.et, *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Rev. Occidente- Eds. Universidad de Puerto Rico.

- (1966) Una visión cristiana de Quijote, en *Obras*, VII, 608-613.

- (1966/2000) El español Cervantes y la España cervantina, en *Ser español*, Barcelona, Planeta.

- (1975) Cervantes y las generaciones, en *Literatura y generaciones*, Madrid, Espasa Calpe.

- (1985) *España inteligible*, Madrid, Alianza.

- (2003) *Cervantes, clave española*, Madrid, Alianza.

ORTEGA, J. (2004) *Obras completas*, Madrid, Taurus 12 vols.

- (1991) *Cartas de un joven español (1891-1908)*, Madrid, El Arquero.

UNAMUNO, M. de (1914) *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, Renacimiento.

- (1966) Sobre la lectura e interpretación del "Quijote", en *Obras completas*, I, Madrid, Escelicer, 1227-1238.

IV. Cervantes y el Arte

Fernando Marías Franco

Catedrático emérito de la UAM y Académico de la Real Academia de la Historia

A través de este enlace, cualquier persona podrá acceder a ver y escuchar la Conferencia que el Dr. Fernando Marías impartió el 6 de octubre de 2020 en el Congreso Internacional Cervantes, clave española. Tras la misma, se produjo un interesante coloquio con los estudiantes y demás asistentes.

Marías, F. (6 octubre, 2020). *Cervantes y el arte*. Congreso Internacional Cervantes, clave española.

<https://burjcdigital.urjc.es/handle/10115/17869>

V. Cervantes y la Biblioteca digital de la Fundación Larramendi

Xavier Agenjo, Director de la Fundación Larramendi

Patricia Juez, Historiadora y arqueóloga

A través de este enlace, cualquier persona podrá acceder a ver y escuchar la Conferencia que impartieron el Director de la Fundación Larramendi, Xavier Agenjo, y la historiadora y arqueóloga, Patricia Juez, el 9 de octubre de 2020 en el Congreso Internacional Cervantes, clave española. Tras la misma, se produjo un interesante coloquio con los estudiantes y demás asistentes.

Agenjo, X. y Juez, P. (9 octubre, 2020). *Cervantes y la Biblioteca digital de la Fundación Larramendi*. Congreso Internacional Cervantes, clave española.

<https://burjcdigital.urjc.es/handle/10115/17870>

VI. Cervantes y el cine

Manuel Cora

Cineasta

A través de este enlace, cualquier persona podrá acceder a ver y escuchar la Conferencia que impartió el cineasta, Manuel Cora el 8 de octubre de 2020 en el Congreso Internacional Cervantes, clave española. Tras la misma, se produjo un interesante coloquio con los estudiantes y demás asistentes.

Cora, M. (8 octubre, 2020). *Cervantes y el cine*. Congreso Internacional Cervantes, clave española.

<https://burjcdigital.urjc.es/handle/10115/17871>